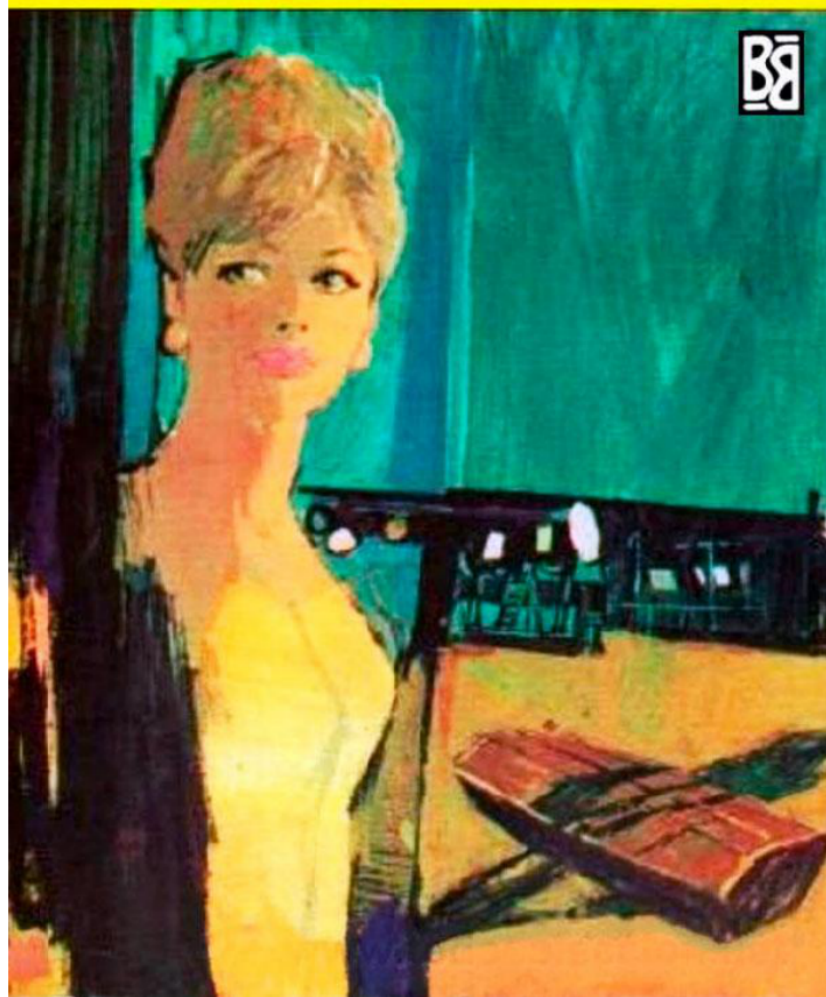


PUNTO

ROJO

no hay descanso para la muerte

burton hare



COLECCION

PUNTO ROJO



BURTON HARE

NO HAY DESCANSO PARA LA MUERTE

Colección **PUNTO ROJO** n.º 320

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Dépósito legal: B 16.221- 1968

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: junio, 1968

© BURTON HARE - 1968
sobre la parte literaria

© DESILO - 1968
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1968

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

- 907 — El rapto de una dama.
- 913 — Protagonista: la muerte.
- 918 — La sangre deja huella.

En Colección PUNTO ROJO:

- 294 — Político y asesinato.
- 301 — 24 horas de angustia.
- 312 — Las sirenas mueren.

En Colección ALTO SECRETO:

- 6 — El FBI al acecho.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

- 147 — Se necesita un cadáver.
- 155 — Destino al infierno.
- 184 — Un crimen tras otro.

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:

- 268 — Tres criminales para un crimen.

CAPÍTULO PRIMERO

Robert Kyle apuró la bebida y tendió la mirada más allá del paseo que bordeaba la playa. A su derecha, cerrando la perspectiva, se extendían las instalaciones del Club Náutico. Había una infinidad de pequeñas embarcaciones deportivas balanceándose a impulsos de la ligera brisa que llegaba, suave y perfumada, de St. Tropez.

Una multitud cosmopolita deambulaba por el paseo. Mujeres de todas las nacionalidades y colores, atuendos llameantes, breves para que pudieran mostrar la mayor parte de su anatomía casi con impudicia.

Nadie se conocía y todo el mundo parecía feliz.

Por lo menos, Robert Kyle lo era en aquellos momentos.

Se levantó, después de dejar unas monedas sobre la mesa, y un instante después se había mezclado entre la multitud. Vestía un pantalón blanco y una camisa deportiva también blanca, abierta mostrando el musculoso torso tostado por el sol y los vientos. Tenía motivos para sentirse satisfecho de sí mismo.

En las laderas se distinguían las manchas blancas de lujosas residencias rodeadas de jardines, sobre las que el sol poniente ponía tintes dorados. Una de aquellas residencias era suya y sólo él sabía la enorme suma que le había costado. Otro motivo para sentirse satisfecho de la vida.

Torció hacia el reducido aparcamiento donde había dejado el coche. Dudó entre dirigirse a Carines para intentar pasar una noche divertida, o buscar a Lisette y quedarse en casa escuchando buena música en una velada romántica con la muchacha.

No había llegado todavía a ninguna determinación cuando llegó al aparcamiento. Su coche, un «Corvette» blanco, bajo y estilizado, estaba aparcado en el extremo más alejado. Kyle se detuvo y encendió un cigarrillo, comprobando que era el último que le quedaba. Arrojó el paquete vacío en el momento en que el vigilante

se acercaba a él, obsequioso porque conocía la liberalidad del americano a la hora de la propinas.

—¿Su coche, míster Kyle?

—Sí, me marchó. Pero puedes traérmelo mientras voy a buscar tabaco. Lo he terminado.

Le entregó las llaves y volvió sobre sus pasos, hacia la esquina de la plazoleta donde había una librería-estanco.

Acababa de abonar el importe del cartón de cigarrillos cuando sonó la explosión.

Fue un estallido que desmenuzó los cristales de la librería, barriendo todo el contenido del escaparate como impulsado por un huracán.

Trozos de cristal centellearon en todas direcciones. La mujer empezó a chillar cubriéndose la cara con las manos. Una estantería se bamboleó y todo su contenido se vino abajo, casi enterrando a la vendedora...

Robert Kyle estaba tendido en el suelo, donde se arrojó en el preciso instante en que oyó la explosión. Cuando levantó la cabeza y comprobó que no estaba herido, ni siquiera por los cristales, se levantó de un brinco y se precipitó al exterior, dudando entre empuñar la pistola que llevaba en una funda axilar o no.

Pero no avanzó mucho. Se quedó rígido, con un terrible escalofrío sacudiéndole todo el cuerpo.

Del «Corvette» no quedaban más que hierros retorcidos, entre las llamas de la gasolina que amenazaban con propagarse a todos los coches estacionados. Soltó el cartón de tabaco y echó a correr hacia los restos de su coche...

No pudo acercarse a él. Las llamas se lo impidieron. De todas formas tampoco podía hacer nada por el desgraciado guardián, porque lo que quedaba de éste era una masa informe, destrozada y que se quemaba junto con el coche.

Retrocedió y no se dio cuenta de nada hasta que, absurdamente, la mujer de la tienda dijo, a sus espaldas:

—Ha perdido usted el tabaco...

—¿Qué?

La mujer tenía el cartón de cigarrillos en la mano. Al quitárselo, ella empezó a temblar y estalló en sollozos. Tenía una ligera herida en la mejilla que sangraba en abundancia.

Un tropel de gente se precipitaba hacia los coches tratando de alejarlos del incendio. Algunos gendarmes acababan de aparecer y parecían tan nerviosos como el resto de hombres y mujeres. También ellos se precipitaron hacia los vehículos aparcados.

Robert Kyle dominó los nervios, miró a su alrededor y viendo que nadie le prestaba atención, retrocedió, dobló la esquina y se alejó apresuradamente, dejando tras sí el caos de gritos, humo, fuego y muerte en que se había convertido el aparcamiento.

No se detuvo hasta la terraza del bar del Club Náutico, donde ocupó una mesa y pidió una ginebra con hielo. Entonces trató de poner un poco de orden a sus sensaciones y comenzó a pensar con calma.

No cabía duda que acababa de salvarse por milagro, aunque a costa de la vida de aquel desgraciado que puso en marcha el coche en su lugar.

Un atentado criminal.

El segundo en una semana, aunque el primero hubiera podido tomarse como accidente. Pero ahora ya no valía tratar de engañarse. Alguien quería su vida.

Él sabía quién era ese «alguien».

Sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno. Lo apuró calmamente, reflexionando. De pronto pensó en otra cosa y ladeó la cabeza, contemplando la esbelta silueta del «Tritón», el hermoso yate que se mecía al final de la pasarela del muelle.

Se levantó. Un camarero apareció como por encanto. Pagó y se encaminó al yate.

Era una embarcación de veinte toneladas, de afilada proa y bonita estampa. Una pasarela estaba tendida desde la popa al embarcadero. La subió lentamente, deteniéndose sobre la brillante cubierta.

—¡Giuseppe! —gritó.

No obtuvo respuesta. Encajó las mandíbulas, dejó el cartón de cigarrillos sobre un banquillo y empuñó la pistola. Tras esto descendió los cuatro peldaños que llevaban a la cabina de mandos.

Allí estaba Giuseppe, sobre un charco de sangre.

Kyle jamás había sido un sentimental. De haberlo sido no se hubiera dedicado al tráfico en que estuvo envuelto durante años, no probablemente, tampoco habría hecho la mitad de las cosas

realizadas a lo largo de su vida nómada por todos los países del mundo. No obstante, Giuseppe era, quizá, su talón de Aquiles.

Apreciaba al viejo marinero. Años y años de convivencia, de gruñidos sempiternos, de discusiones y aventuras...

—Giuseppe... —musitó con voz rota.

Se inclinó junto al cuerpo, dándole la vuelta. Unos ojos desorbitados le miraron como cuentas de cristal, bajo unas blancas cejas espesas, tan blancas como su cabellera rebelde.

Tenía una enorme herida en la parte baja del pecho, una cuchillada descargada con toda la maldad del mundo. Pensó que debía haber tardado mucho en morir...

Se levantó. Sus dientes chirriaron cuando los encajó como un cepo. Quizá por primera vez en su vida deseó matar sin importarle nada más en el mundo.

En cinco minutos hubo registrado todo el gran yate. No había nadie.

Volvió a la cabina de controles. Había un teléfono conectado con las líneas del club. Descolgándolo, llamó a la policía y luego salió a cubierta, a esperar...

Y a pensar en Giuseppe Pelosi, el anciano lobo de mar que durante tantos años había sido su único amigo, su única familia, su único lazo con un sentimiento amistoso que no había podido depositar en nadie más.

CAPÍTULO II

El comisario Lombard encendió un cigarrillo y dio unos pasos por la cubierta. Era un hombre de cincuenta años, de tez morena, cabellos negros y lisos y unos ojos apagados que habían engañado a más de un delincuente, haciéndole creer que se encontraba ante un hombre abúlico y torpe.

La realidad se había encargado de demostrar cuán equivocado estaba el que creyera semejante cosa.

—De modo, míster Kyle —gruñó con su voz lenta—, que no sabe quién quiere matarle. Robert Kyle se encogió de hombros.

—Cualquiera sabe...

—A pesar de la explosión de su coche y del asesinato de su empleado...

—Giuseppe era algo más que un empleado para mí —rezongó, furioso.

—Está bien, eso es marginal... ¿Por qué no ha esperado usted a la policía en el aparcamiento, para declarar respecto a la voladura de su auto? Costó una vida, cosa que no debe haber olvidado.

Kyle abandonó su postura, junto a la borda, y se encaró con el policía.

—Mire, se me ha ocurrido que si habían volado el coche podían hacer igual con el yate. He venido aquí... y he encontrado al pobre Giuseppe muerto. Entonces les he llamado a ustedes. Eso es todo. No hay ningún misterio en mi actitud.

—Tal vez no.

—¿Qué explosivo han utilizado, lo sabe usted ya?

La pregunta pareció desconcertar al comisario.

—Están investigándolo ahora precisamente —dijo—. ¿Es importante para usted saberlo?

—Quizá.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros, fastidiado.

—Me ayudará a comprender de qué clase son los que quieren mi pellejo. Por otra parte, me propongo registrar el yate pulgada a pulgada por si han tenido la brillante idea de volarlo también. Sabiendo la clase de explosivo que utilizan será más fácil neutralizarlo.

—Ya entiendo... Usted conoce bien toda clase de bombas, ¿no es cierto, míster Kyle?

Éste arrugó el ceño. No le gustaba el tono de aquella voz.

—Concrete un poco más —dijo—. No soy un experto en explosivos.

—Pero los ha manejado muy a menudo... Ha comerciado con ellos según tengo entendido.

—No cabe duda que se ha movido usted muy aprisa, comisario. Pero realmente, usted lo ha dicho: «He comerciado» con ellos. Ya no. Se acabó. Estoy retirado.

El comisario arrojó el cigarrillo por la borda y fue a apoyarse en ella, al lado del americano.

—Mire, míster Kyle —empezó con calma—. Usted ha venido a establecerse en nuestro bello rincón como otros industriales retirados. Sólo que de industrial no tiene nada... ni su edad es la del retiro. Ha invertido aquí un buen puñado de dinero. Compró una hermosa residencia... y algunas cosas más. Bien, es la clase de residente que nos agrada tener entre nosotros...

—¿A dónde quiere ir a parar?

El comisario suspiró:

—Éste es un rincón pacífico, de una pacífica costa de recreo. La gente de todo el mundo viene aquí a descansar y divertirse. ¿Entiende?

—Creo que sí.

—Lo celebro. Si empiezan a estallar bombas y asesinar pacíficos marineros ancianos cundirá la alarma. Ésa es una publicidad desastrosa para un lugar que vive exclusivamente del placer y el turismo. No podemos consentir la violencia en ninguna de sus formas. Y usted parece atraer esa violencia como el imán al hierro.

—¿Resumiendo...?

—Sería muy lamentable que estos hechos se repitiesen, míster Kyle.

—Entiendo. ¿En cuanto a los criminales...?

—Los buscaremos, aunque mi opinión es que a estas horas están muy lejos de aquí. Pero le aseguro que haré todo lo que esté en mi mano para cazarlos.

—Yo también.

El comisario Lombard dio un respingo.

—¿Qué ha dicho?

Robert se irguió. Sus ojos azules relucían de modo ominoso.

—Giuseppe era algo más que un amigo. Era el único ser humano en quien he podido confiar durante muchos años. Ha cuidado de mí cuando las cosas han sido difíciles... Podía poner mi vida en sus manos con toda la confianza del mundo, seguro de que no sería traicionado. Sí —repitió con voz sorda—. Giuseppe era para mí un amigo, un hermano... ¿Puede entenderlo, comisario?

—Creo que sí. Pero yo también quiero que entienda que cualquier hecho violento que usted emprenda para conseguir su revancha me obligará a perseguirle judicialmente. Le repito que no queremos violencia aquí, muy al contrario.

—Lo recordaré.

—Eso espero. Y ahora, dígame, ¿quién cree que lo ha hecho?

—No lo sé.

—Escúcheme. A lo largo de su vida se ha creado muchos enemigos; eso me consta. Usted debe conocer a algunos y a otros puede ignorarlos; pero de los que conoce, ¿cuál...?

—Le repito que lo ignoro.

Hubo un corto silencio. Después, los agentes de paisano que habían estado trabajando dentro de la cabina surgieron llevando sus cámaras fotográficas y demás instrumentos. Uno de ellos dijo:

—Nada, señor comisario. Las huellas corresponden al muerto en su mayor parte. Las demás, pertenecen a míster Kyle.

—Está bien, no confiaba en encontrar nada. Que retiren el cadáver, y ustedes espérenme en el coche. No tardaré.

Cuando se hubieron ido, se encaró de nuevo con Robert Kyle y dijo pausadamente:

—No es un secreto para mí que, hasta hace muy poco tiempo, ha traficado usted con toda clase de armas, míster Kyle. Lo ha hecho en gran escala, fletando buques completos con sus cargamentos...

—¿Y qué? Buena parte de esas armas eran francesas. Lo sabe

usted también, ¿no?

—Efectivamente. Excedentes del ejército... Pero no es eso lo que yo quería decir. Los hombres que se dedican a ese tráfico no cuentan con excesivas simpatías. ¿Verdad?

—Cierto. Pero yo tenía mi ética, comisario. Nunca he vendido armas a dos bandos en lucha, aprovechándome como hacen los Gobiernos. Mis simpatías se inclinaban por uno de los bandos solamente, cualquiera que fuera, y a ellos solamente vendía.

—Eso no...

—Espere —le atajó con voz seca—. Fue un buen negocio mientras duró. Ahora se ha hundido. Nuestros negocios ya no interesan a nadie. ¿Y sabe usted por qué?

—No; tal vez porque jamás he realizado esa clase de operaciones.

—Pero lee usted los periódicos, comisario. Entonces ya sabe que en cualquier escaramuza, sea donde sea que tiene lugar, son los Gobiernos legalmente constituidos los que se apresuran a facilitar armamento a ambos contendientes. Para «equilibrar» sus respectivos poderes, según pregonan. Pero cobran en oro o en divisas fuertes, o en petróleo. Bien, cuando yo me dedicaba al negocio era un traficante. Ahora, los que hacen el gran negocio se llaman a sí mismo diplomáticos... cuando no benefactores de un pueblo. Bueno, no me quejo. Sólo quiero que comprenda mi punto de vista respecto a unas cuantas cosas que, ustedes, consideran legales.

—¿A dónde quiere llegar con todo este discurso?

—A que yo hago mi propia legalidad, comisario. Si encuentro a los individuos que asesinaron a Giuseppe, los juzgaré y ejecutaré por mí mismo. Eso es todo.

El comisario Lombard quedó mudo de estupor. Luego reaccionó y su rostro curtido enrojeció hasta la raíz de los cabellos.

La subida a bordo de tres enfermeros trayendo una camilla pareció disipar en parte la tormenta que iba a estallar entre los dos hombres.

—Volveremos a hablar usted y yo, míster Kyle —refunfuñó el comisario, siguiendo a los hombres de blancos atuendos—. Por el momento, no salga de la población sin advertirme.

—No pensaba marcharme.

Al quedar solo, Robert Kyle se apoyó de codos sobre la borda. Su mirada vagó por la superficie del mar, cada vez más oscuro a medida que el crepúsculo avanzaba. Algún balandro aprovechaba los últimos minutos del día para deslizarse casi sin viento por la bocana del puerto.

Se volvió cuando los enfermeros volvieron a pasar llevándose el cuerpo del viejo marinero. Los siguió con la mirada hasta que la ambulancia se alejó.

—¿Piensa quedarse a bordo esta noche?

Ladeó la cabeza para contemplar al policía.

—No. Registraré todo y luego me iré a la villa.

—Está bien. Quizá le necesite mañana todavía.

Se fue.

El registro de la nave le llevó más de dos horas de minucioso trabajo. No pudo descubrir ninguna bomba.

De modo que todo lo que los criminales habían querido hacer era eliminar al desgraciado anciano... Una venganza baja y sucia, cobarde...

Abandonó los muelles y tomó un taxi. Durante el recorrido por la serpenteante carretera de las colinas no cesó de pensar en la manera de ajustarles las cuentas a los responsables de todo aquello. Entonces pensó en algo más, algo que puso escalofríos en su piel y despertó una desesperada urgencia para llegar al teléfono...

Después de despedir al taxi esperó todavía unos minutos reconociendo los alrededores de la entrada. La gran verja se extendía hasta perderse en las sombras. Grandes árboles inmóviles eran como fantasmas que montaran guardia en una noche de macabros presagios.

Entró en la casa con la pistola en la mano. No encontró a la sirvienta hasta la cocina, instalada en el sótano. Ordenó una ligera cena tras averiguar que no había habido ningún visitante en todo el día.

Se encerró en el despacho y descolgó el teléfono, y pidió comunicación con un número de París.

Le dijeron que esperara. Colgó y encendió nerviosamente un cigarrillo. Debía haber pensado antes en que algo semejante pudiera ocurrir cuando menos lo esperase. Eran unas gentes vengativas, que desconocían lo que era piedad. Tal vez porque durante milenios

habían sufrido sobre su raza el odio implacable de casi todo el mundo. Bien, sabía cómo hacerles frente. Lucharía con sus propias armas, con sus mismos ardides, con su misma crueldad.

Sonó el teléfono. Una voz femenina dijo:

—Su comunicación con París, señor...

Esperó. Hubo unos ruidos, y luego el sonar de un timbre. Un chasquido y una voz ruda preguntando quién llamaba.

—Habla Kyle, Jorsen.

—¡Hola, muchacho! ¿Cómo te sienta la nueva y pacífica vida?

—Nada de pacífica. Escúchame, han matado a Giuseppe y han intentado liquidarme a mí también...

—¿Qué demonios...? —rugió aquella voz.

—No me interrumpas a cada minuto y escucha. Lía tu petate y lárgate durante una temporada. No me cabe duda que tratarán de acabar con todos nosotros. Nos conocen bien. Quieren nuestras vidas tanto para vengarse como para que sirvamos de escarmiento a cualquier otro que...

—¡Espera un momento! ¿Te refieres a comandos?

—¡Seguro!

—Ya veo... ¿Y tú qué piensas hacer?

—¿Y lo preguntas?

—Ya entiendo, muchacho... Han matado a Giuseppe y eso tienen que pagarlo. ¿Es lo que estás pensando?

—Justamente.

—Bien, yo...

La voz se extinguió y a través del auricular se escuchó una explosión que hizo vibrar el teléfono hasta un punto doloroso. Kyle se levantó de un salto, como si pudiera hacer algo a través de la distancia.

—¡Jorsen! —aulló, frenético—. ¿Qué ocurre? ¡Jorsen!

Una nueva voz sonó de pronto en el aparato. Una voz helada, sin entonación alguna. Era un sonido inhumano que producía escalofríos.

—No se desgañite, míster Kyle —dijo aquella extraña voz increíble—. Usted también caerá.

Sonó un golpe seco y la comunicación se interrumpió.

Poco a poco, Robert Kyle depositó el auricular en el soporte.

Estaba pálido y sus dedos temblaban ligeramente, y no

precisamente por la amenaza que había escuchado...

CAPÍTULO III

El «Douglas» de pasajeros con destino a Atenas se deslizó por la pista del aeropuerto de Ciampino, de Roma, ganó velocidad y al fin sus ruedas perdieron contacto con el suelo. Se elevó majestuosamente, dando una gran vuelta sobre el entresijo de pistas para orientar su marcha hacia el rumbo definitivo.

Desde el suelo, los que habían acudido para despedir a sus familiares y amigos estaban agitando mecánicamente sus pañuelos todavía. En la torre de control todo iba bien. La comunicación con el aparato era rutinaria y normal.

Y entonces estalló.

Fue una catástrofe a la vista de todos. El avión se deshizo materialmente en el aire y sus trozos humeantes cayeron en una lluvia mortal ante la horrorizada mirada de centenares de personas, paralizados de espanto.

De los sesenta pasajeros y tripulantes no quedaron más que despedazados restos, trozos esparcidos en media milla a la redonda, lo cual complicó en gran manera las tareas de los enfermeros, policías y técnicos de la Compañía griega encargados de la investigación.

Nadie dudó ni por un segundo de que se trataba de un sabotaje.

Entre los pasajeros figuraba un hombre llamado Hick Fremer, excapitán de barcos mercantes. A decir verdad, y de manera totalmente involuntaria, el capitán Fremer fue la causa indirecta de la catástrofe que costó sesenta vidas...

Aunque esto no se supo hasta mucho más tarde.

Se inscribió en el hotel con el nombre de Al Atassi. Era un nombre tan bueno como otro cualquiera, aunque había utilizado muchos más a lo largo de su agitada vida.

La habitación estaba en el piso veinte del «Hotel Nacional» de

Caracas, y desde su amplia ventana se divisaba un impresionante espectáculo del centro de la luminosa capital de Venezuela.

Al Atassi era un hombre cuidadoso y precavido. La demostración era que, a pesar de sus aventuras y continuos riesgos, todavía estaba vivo.

Por supuesto, había leído lo sucedido a ciertos caballeros, muertos violentamente en la vieja Europa. Eso había impulsado al corpulento individuo a redoblar sus precauciones y emprender el largo viaje hasta el Nuevo Mundo. Caracas le pareció tan buen refugio como otro cualquiera del extenso continente, de modo que al fin respiraba tranquilo, y lo que era más importante, sentíase a salvo.

Había temido al principio que su complicado pasaporte fuera un inconveniente para su libre periplo por esa parte del mundo, ya que había ocasiones en que él mismo olvidaba su verdadera nacionalidad. Hijo de padre árabe, la procedencia de su madre siempre había sido un misterio. El mismo se consideraba ciudadano del mundo, del rincón del mundo en que se estableciera más o menos permanentemente.

Por supuesto, sus simpatías estaban al lado de los árabes, quizá a causa de la sangre que corría por sus venas, o tal vez sólo por razones más crematísticas, como por ejemplo las pagas en divisas fuertes...

Acabó de distribuir su equipaje en el armario. Lo último que extrajo de la maleta fue la pesada pistola «*Parabellum*», que sostuvo en sus manos durante unos momentos, dudando entre guardarla o llevarla permanentemente encima.

Decidió que, por el momento, podía librarse de aquel peso, así que volvió a dejarla en la maleta, cerró ésta y la colocó en la repisa del armario.

Hecho esto, descolgó el teléfono y pidió que le sirvieran una botella de *whisky* y hielo.

Jamás se había considerado buen musulmán. Recordó las burlas de Robert Kyle al respecto, cuando le echaba en cara que había renegado de la fe de sus mayores... sólo por el placer de vaciar botellas de *whisky*.

Sonrió al recordar a su exjefe. Un gran tipo Kyle; duro como un demonio, pero con el que se podía confiar hasta las últimas

consecuencias.

Encendió un largo cigarrillo cuyo aroma se esparció por la habitación. Le alegraba que aquellos bastardos hubieran fracasado en su atentado contra Kyle. Estaba seguro que éste les devolvería golpe por golpe... Era su estilo. Habían cometido un gran error al atacarlo, y más grave todavía al fracasar. Kyle les daría su merecido sin la menor duda.

Unos golpes dados en la puerta le hicieron ponerse rígido. Entonces recordó que había pedido un servicio y fue hacia la puerta.

—¿Quién? —preguntó en su pintoresco inglés.

Una voz gangosa, con un no menos pintoresco acento, dijo:

—Su botella de *whisky*, señor.

Giró la llave y abrió la puerta. El camarero entró empujando un carrito de ruedas, sobre el que destacaba una botella de «Johnny Walker», vasos y un recipiente de plata lleno de cubitos de hielo.

Se fijó que el camarero era un hombre cetrino al que la chaqueta de uniforme le sentaba bastante mal. Hizo una mueca porque detestaba el descuido en las personas que le servían. Decidió no dar propina, cosa que convenía a sus intereses además.

El camarero acabó de disponer el servicio sobre una mesita y se irguió.

—¿Desea alguna cosa más, señor?

—No, gracias.

Se retiró hacia la puerta empujando su carricoche. Al Atassi le siguió dispuesto a cerrar con llave de nuevo.

Al llegar junto a la puerta el camarero se detuvo, volviéndose. En su mano derecha brillaba el acero de una pistola provista de silenciador.

Al Atassi dio un salto atrás, aterrado. Recordó su «*Parabellum*» y confusamente se maldijo por no haber sido más precavido en esta ocasión.

El camarero dijo:

—Tú eres de los últimos, Al Atassi. Ya faltan pocos...

—¡Espere!

La pistola se encabritó en la mano del falso sirviente. Los ominosos y apagados estampidos parecieron zarandear al árabe, arrojándole de espaldas contra una butaca. Dos impactos más le

remataron cuando se deslizaba, desmadejado, de la butaca al suelo.

El camarero guardó la pistola, abandonó su carrito y salió de la habitación sin apresurarse.

La sangre comenzó a extenderse alrededor del cadáver. La implacable venganza proseguía.

Míster Baker acabó de leer el periódico, palideció y lo arrojó a un lado de un manotazo. Paseó la mirada por el lujoso despacho, en cuyas paredes campeaban las fotografías enmarcadas de varios buques de carga, su orgullo personal. Hizo una mueca de disgusto. Había gentes vengativas y estúpidas incapaces de valorar el esfuerzo personal de un hombre.

Realmente, la Baker Navigation Line había sido obra exclusivamente suya, una empresa surgida de la nada gracias al tesón y al esfuerzo de un hombre solo. El, Howard Baker, por supuesto.

Bien, cierto que había recibido algunas ayudas. Y había podido contar con un hombre capaz de convertir las piedras en oro como Robert Kyle, pero la compañía de cargueros se debía a él tan solo.

Kyle... Tendría que comunicar con él cuanto antes. Sin duda, Kyle sabría cómo hacer frente a una situación peliaguda como aquélla. Era un hombre de acción, peligroso como una víbora y duro como el diamante. Debía hablar con él cuanto antes. Alguien llamó a la puerta de la oficina.

—Pase.

Entró Berta, su secretaria. Era una mujer incolora y eficiente. Llevaba gafas de gruesos cristales y nunca parecía alterarse por nada.

Depositó un paquete sobre la mesa.

—Acaba de llegar este certificado para usted, señor.

—¿Quién lo envía?

—El remite es de míster Kyle, señor.

—¿Kyle? No sabía que estuviera en Londres... porque el matasellos es local...

—En efecto, señor.

—Bien, trate de comunicar con Kyle, ¿quiere? Quizá esté en su piso de Newbury Lane, o en el club... Localícelo cuanto antes, Berta.

—Sí, señor.

La secretaria abandonó el despacho, cerrando la puerta a sus espaldas.

Míster Baker comenzó a desenvolver el paquete, pensando sin cesar en el endiablado Kyle. Seguro que les daría su merecido a aquellos locos fanáticos...

Retiró el papel, dejando al descubierto una caja cuadrada, no muy grande, metálica. Levantó la tapa.

Entonces se desencadenó el horror. Hubo un ensordecedor estallido, una llamarada y todo el despacho se desmenuzó a causa del poder destructor de la bomba.

Del presidente de la Baker Navigation Line no quedaron más que nauseabundos fragmentos sangrantes, que horrorizaron a la secretaria cuando logró moverse y entrar en el arruinado despacho...

Tampoco a la policía le gustaron nada, sólo que ellos los contemplaron de manera más desapasionada y se pusieron al trabajo inmediatamente, aunque sin muchas esperanzas de éxito...

CAPÍTULO IV

Robert Kyle refunfuñó un juramente que acabó de desconcertar a la pobre mujer. Después dijo:

—Por supuesto que estoy satisfecho de sus servicios, Marta. Todo lo que deseo es que se vaya usted con su hermana durante un tiempo... por su propio bien, créalo. Están ocurriendo cosas muy graves a mi alrededor y estaré más tranquilo si usted no está cerca de mí.

—Pero ¿quién cuidará la casa, y sobre todo, quién cuidará de usted? —La buena mujer estaba realmente desolada—. No habrá nadie para preparar sus comidas.

—Yo me apañaré solo. No será la primera vez. Luego, cuando considere que ya no hay peligro, la llamaré otra vez. Por descontado, usted seguirá cobrando su sueldo mientras dure esta situación anómala.

—Pero...

Él la atajó con un gesto, impaciente.

—Está decidido —gruñó—. De modo que puede marcharse esta misma mañana. ¿De acuerdo?

—Si no hay otra solución... Pero a mí no me importaría quedarme aquí, señor. No tengo miedo.

—Yo sí.

Eso cortó la discusión. La sirvienta abandonó la estancia y tras su marcha Kyle ahogó una sarta de maldiciones. Había que acabar cuanto antes con aquellos salvajes.

Un seco timbrazo en la puerta de la casa le hizo dar un respingo. Se apresuró, pero Marta ya estaba llegando al vestíbulo cuando él apareció al final de la escalera del primer piso.

—¡Espere! —gritó.

Asustada, la mujer se detuvo.

—Yo abriré, Marta. Usted siga preparándose para marcharse

cuanto antes.

Ella no replicó y regresó a su habitación. Kyle se acercó a la puerta, desenfundó una poderosa pistola «Magnum» y recorrió el seguro.

Tras esto abrió de golpe, con la pistola lista para hacer fuego.

Se encontró con el sobresaltado comisario Lombard, cuyos ojos como platos quedaron fijos en la gran pistola.

—¿Qué demonios significa esto, míster Kyle?

—Lo siento.

Se guardó el arma y el policía entró, desconcertado.

—¿Siempre recibe a sus visitantes con la artillería en la mano?

—Sólo de un tiempo a esta parte, y usted sabe muy bien por qué.

—Tal vez.

—¿Tiene noticias de los criminales que mataron a Giuseppe?

El policía sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Todavía no —dijo—. Pero he recopilado una serie de hechos que me hacen pensar nuevamente en el atentado de que usted fue víctima.

—¿Sí? Está bien, pase al despacho. Estaremos más cómodos.

Le guió hasta la gran estancia de paredes cubiertas, de libros, cuadros de buenas firmas y muebles modernos, y cómodos.

Lombard tomó asiento y sacó una hoja de papel del bolsillo.

—En Londres acaba de ser asesinado un hombre llamado Howard Baker —empezó—. Era el presidente de una compañía de buques de carga. Dinamitado.

—Lo he leído en los periódicos.

—Sí, seguro... Bueno, en Caracas, fue muerto a tiros un individuo misterioso que se hacía llamar Al Atassi. Acababa de instalarse en un hotel cuando fue asesinado por alguien que dejó sin sentido a un camarero y ocupó su puesto.

—También lo leí en los periódicos.

—Por supuesto... ¿Leyó la noticia de la explosión de un avión sobre el aeropuerto de Ciampino?

—Sí. Y vi las fotografías.

—Sesenta muertos... Uno de ellos llamado Hick Fremer, excapitán de un barco mercante, un carguero... de la compañía Baker.

Kyle asintió con un gesto.

El comisario suspiró, añadiendo:

—Otro individuo llamado Jorsen, un sueco, fue asesinado en París de un disparo en la nuca. Le mataron mientras telefoneaba...

—Muy bien. ¿Adónde quiere ir a parar?

—Jorsen estaba atendiendo una llamada efectuada desde su teléfono, mister Kyle. El teléfono de esta residencia.

—Es cierto.

—También me he tomado el trabajo de comprobar algunas cosas más referentes a esos crímenes salvajes y brutales.

—¿Sí?

—Todos esos hombres, las víctimas, eran conocidos suyos. Mejor dicho; más que conocidos. Asociados, amigos... ¿Qué eran en realidad?

—Amigos —gruñó con los dientes apretados.

—Eso es lo que yo imaginaba. En el caso de Jorsen, el sueco, estuvieron juntos en varias partes del mundo, envueltos en turbulencias revolucionarias y cosas así. Luego, él se estableció en El Cairo como representante legal de la Baker Navigation Line. ¿No es cierto?

—Lo es.

—Bien, ¿no tiene nada que decirme?

Kyle le miró, y sus ojos brillaban como acero al rojo.

—Nada —dijo.

El comisario se encogió de hombros.

—¿Me permite decirle que es absurda su actitud? No puede ignorar quién está detrás de esos atentados. Y apuesto que sabe muy bien que tarde o temprano le matarán a usted.

—Ya lo han intentado.

—Y volverán a intentarlo cuando se les presente una oportunidad. ¿Por qué se niega a ayudarme, Kyle?

—Porque usted, desde su puesto de policía, no podría hacer absolutamente nada para acabar con éstos.

—Entonces, reconoce que sabe quiénes son...

—Sí.

Lombard se echó atrás en la butaca y suspiró ruidosamente.

—Le escucho —masculló.

Kyle negó con un gesto.

—No tengo nada más que decir.

—¿Le molestaría mucho si yo hiciera algunas conjeturas?

—No tengo nada mejor que hacer, de modo que podemos perder todo el tiempo que quiera.

—Sí, claro... Todo lo que usted puede hacer es esperar. Debe ser una sensación endiabladamente desagradable, ¿verdad?

Se encogió de hombros, pero no replicó. Sus facciones correctas y duras permanecieron impasibles. El policía prosiguió:

—Por lo poco que sé sobre usted, Kyle, organizó un gran tráfico de armas que eran desembarcadas en algunos lugares poco frecuentados de Egipto. ¿Me equivoco?

—Siga.

—No fue una simple venta aislada, sino que entregó centenares de toneladas de armas de todas clases. Fletó los buques de la Compañía Baker, y Jorsen se encargaba de los trámites en Egipto.

—Un comercio perfectamente organizado.

—Sí, de eso no cabe duda. Pero las armas no eran entregadas al Gobierno egipcio, sino a los representantes del Ejército de Liberación de Palestina, árabes desesperados y dispuestos a morir... y que pagaban en buena moneda. Fortunas ingentes, según he podido colegir...

—¿Y qué?

—Nada. Sólo que al estallar la guerra de «los seis días» el negocio se hundió.

—Efectivamente. Ahora son los Gobiernos democráticos los que arman apresuradamente a ambos contendientes. Nosotros no tenemos nada que hacer.

—Eso es cuestión de alta política en la que no tienen cabida nuestros problemas.

¿Todavía no quiere decirme quiénes tratan de matarle, Kyle?

—Hasta ahora, usted es quien lo dice todo.

—Bueno, he oído rumores... Por ejemplo, sé que Israel organizó hace mucho tiempo unos llamados «comandos»...

—También yo he oído hablar de ellos. Han realizado secuestros en varios países del mundo, despreciando todas las leyes internacionales. Y algunas otras cosas a las que, pudorosamente, se ha echado tierra encima.

—Son los que les persiguen a usted y todos sus antiguos

colaboradores, ¿no es cierto?

Le miró. Lombard notó un escalofrío ante la helada intensidad de aquellos ojos de un gris muy pálido.

—Sí.

El comisario suspiró, pero no se sintió demasiado satisfecho, quizá porque aquello, a pesar de aclararle sus dudas, echaba un nuevo peso sobre sus hombros.

—Es lo que suponía —murmuró—. Quieren terminar con todos ustedes, no tanto por venganza como para que sirva de escarmiento a otros aventureros que traten de imitarles... Así les impiden gozar de sus ganancias.

—Y ahora que lo sabe, comisario, ¿qué se propone hacer?

No respondió inmediatamente. Una profunda arruga había aparecido sobre su frente, y la mirada abúlica de sus ojos se había acentuado.

—Le confieso que no lo sé. He realizado algunas discretas investigaciones en esa dirección, pero no he podido ni siquiera identificar a uno solo de esos hombres en toda la Costa Azul.

—Ni los identificaré. Son asesinos profesionales, los mejor entrenados del mundo. Respaldados por sumas fabulosas. ¿Cree que a gente de esta clase podrá detenerlos alguna vez?

—Por lo menos, lo intentaré. Es mi deber, no lo olvide.

—Perderá el tiempo. No se alojan en hoteles ni alquilan villas discretas como sería lógico. Son pocos en cada «escuadra»... dos o tres máximo. Se alojan en sus consulados, o viven permanentemente en movimiento a bordo de sus coches, desplazándose de continuo. Sólo hay una manera de detenerlos, comisario.

—¿Cuál?

—Matarlos.

—No diga tonterías...

—Usted ha preguntado.

—Eso equivaldría a convertirse en uno de ellos.

—Justamente.

—Usted está loco, Kyle. Le matarán si lo intenta.

—Me matarán si «no» lo hago. Se trata de ellos o yo, y para mí la elección no es dudosa. Hasta ahora han tenido éxito con todos los que fueron mis compañeros. Sólo conmigo la suerte les volvió la espalda. De ahora en adelante, yo labraré mi suerte, comisario.

—¿Cree que están todavía aquí?

—Estoy seguro.

—Ya veo... Más violencias, muertes y sangre. Echarán por tierra la fama de nuestro bello rincón, ahuyentando a los turistas. Mal asunto. Estoy considerando la conveniencia de expulsarlo a usted de aquí, sólo para que se marche lejos y atraiga los rayos sobre otro lugar cualquiera.

—Eso no sería inteligente por su parte.

—Quizá no. ¿Conoce personalmente a cualquiera de esos matarifes?

—A ninguno. Sé cómo operan, porque conozco sus métodos de adiestramiento. Ésa es mi única ventaja.

El policía se levantó, guardándose la manoseada hoja de papel, en la que constaban los detalles de toda aquella serie de atentados. Suspiró y dijo:

—Créalo o no, lamentaré que le maten, Kyle. No por usted personalmente, claro —rectificó con sorna—, sino por el escándalo que se armará en todo este sector de la costa. Ya comenzó a cundir la alarma con la explosión del coche y la muerte del viejo, en su yate...

—Trataré de que no haya más alarmas, comisario, por la cuenta que me tiene.

—Eso es precisamente lo que me preocupa. Por última vez, Kyle... ¿no sabe el nombre de uno solo de los criminales?

—No.

—¿Ni su paradero?

—Si lo supiera habría terminado con ellos.

—O ellos con usted —refunfuñó el comisario—. Está bien, le he advertido. Sólo me resta desearle suerte.

Le acompañó hasta la puerta. Justo cuando acababa de abrirla se oyó, lejana, una fuerte detonación.

Los dos quedaron rígidos.

—Ha sonado como una bomba —musitó el comisario, escuchando como si esperara oír otra vez el estallido.

—«Ha sido una bomba» —remachó Kyle—. Y de gran potencia.

Cerró la puerta y echó a correr hacia el coche del comisario, al lado del cual había un agente de uniforme aguardando.

Lombard gritó:

—¿Qué le pasa ahora? ¡Espere!

—¡El yate! —exclamó—. La explosión ha sonado en dirección del Club Náutico.

—¿Usted cree...?

—Casi estoy seguro.

No se equivocó. Había una enorme multitud en los muelles de madera. Del yate no quedaba más que parte del casco, escorado y hundido. Una densa columna de humo se elevaba de los restos. Parte del embarcadero había desaparecido y los maderos astillados pregonaban la desmesurada potencia del explosivo utilizado.

Tres o cuatro embarcaciones menores que habían estado amarradas cerca del yate se veían ahora medio destrozadas, con las quillas al aire.

Kyle, con una tremenda oleada de furor, masculló:

—Les cobraré por todo esto... Les cobraré con intereses, comisario.

Éste gruñó:

—Sí, creo que están pasándose de rosca. Si yo estuviera, en su lugar adoptaría una decisión en este mismo instante.

—¿Sí?

—Me largaría —dijo, esperanzado—. Me iría muy lejos de aquí, Kyle... otro país quizá.

—Han asesinado en otros países también. Me quedo.

Había una resolución pétrea en aquella voz. Lombard no pudo contener un suspiro de desaliento y masculló:

—Ya me lo temía. Bueno, lárguese por lo menos de aquí y deje que nosotros nos encargemos de esto.

—El yate estaba asegurado, por supuesto. La compañía enviará investigadores... porque el seguro cubre un millón de francos nuevos. Le avisaré cuando lleguen.

—Está bien, está bien...

Robert se alejó mascullando maldiciones. El coche y el yate no le importaban mayormente, pero sí la sangre vertida. Las vidas humanas no había seguro que pudiera cubrirlas, devolviéndolas a las víctimas.

Y Giuseppe había caído, y el inocente guardián del aparcamiento... y Jorsen, y los demás...

Era hora de comenzar a devolver golpe por golpe.

CAPÍTULO V

El reloj del Ayuntamiento señalaba las tres de la madrugada cuando la sombra se despegó de la pared, internándose por la calleja. Cannes dormía y sólo en las «boites» cercanas a la playa resonaba de vez en cuando algún grito, una risotada o el canto de una pandilla de adinerados borrachos.

La sombra se movió con la suavidad del viento. Luego se detuvo al pie de un muro de tres metros de altura, coronado por agudas puntas de cristal incrustadas en el cemento.

Pareció medir la altura. Dejó un envoltorio en el suelo, y procedió a librarse de una fina cuerda que llevaba arrollada a la cintura. El final de la cuerda estaba formado por un garfio de acero recubierto de una gruesa banda de goma.

Lanzó el garfio hacia arriba, hasta que quedó sujeto sobre los agudos cristales. La goma impidió que produjera ningún ruido.

La elástica sombra volvió a apoderarse del envoltorio, que sujetó a su cinturón. Luego se encaramó con la agilidad de un mono.

Al llegar arriba sacó del envoltorio una pieza de caucho de una pulgada de grueso, la desdobló, extendiéndola sobre el muro. Tras esto se encaramó. La banda elástica impidió que los cristales pudieran producirle ni un rasguño.

Estuvo unos minutos atisbando en la oscuridad, tanteando con cuidado con las manos en busca de un cable de alarma o cualquier otro ingenio semejante. Al no encontrar nada de eso, recogió la cuerda y la descolgó por la parte interior del jardín. Un minuto más tarde estaba abajo, agazapado sobre el césped como una gran pantera negra.

Contuvo la respiración para escuchar mejor. Sólo los rumores de la noche llegaron a sus oídos. Tanteando el suelo con un cuidado infinito comenzó a adelantar muy despacio. Así descubrió el tenso cable metálico que atravesaba el jardín. De haberlo pisado, o sólo

con un ligero impulso al andar, hubiera disparado la alarma en el edificio, que se destacaba, blanco, a corta distancia.

Pasó por encima del cable y se desvió hacia su derecha. Todavía eludió dos cables más semejantes al primero antes de llegar al espacioso garaje, adosado a la fachada posterior de la casa.

La puerta estaba cerrada con llave, pero una fina lámina de acero levantó la falleba de la ventana y saltó por ella.

Había tres coches en el interior. Un gran «Mercedes Benz» negro, último modelo, un «Citroën D. S.» y un «Cadillac» modelo de dos años atrás.

Antes de tocarlos, la sombra se acercó a la ventana y dio un vistazo al jardín. En aquel momento, las nubes que cubrían el cielo se desgarraron dejando que la luna asomara unos instantes. Las facciones de Robert Kyle estaban tensas y cubiertas de sudor. No vio movimiento alguno en todo lo que alcanzaba la vista, sólo el suave balanceo de los arbustos y los rosales que crecían por doquier.

Le llevó una hora larga de trabajo dejar el contenido del envoltorio distribuido por los tres coches. Luego, volvió a atravesar el jardín con las mismas precauciones que a su llegada, eludiendo los cables, conteniendo los nervios y pensando solo en que los muertos podrían descansar en paz después de esa noche.

Estaba llegando al muro cuando oyó el chasquido a poca distancia. Se inmovilizó, agazapado. Oyó un leve rumor un poco a su izquierda. Alguien se acercaba pisando como un gato. O quizá llevaba suelas de goma.

De pronto, la silueta de un hombre alto y macizo surgió casi a su lado. El desconocido se llevó una terrible sorpresa al ver al intruso, porque indudablemente solo estaba dando un paseo, o tal vez un recorrido de vigilancia.

Jamás pudo lanzar un grito de alarma. Dos manos semejantes a garras se cerraron sobre su cuello, apretando salvajemente. Se debatió, golpeando enloquecido. Aquellas garras que le ahogaban le obligaron a dar la vuelta y cayó de rodillas. Pero entonces su mano desapareció bajo sus ropas y reapareció armada de un brillante cuchillo.

Kyle ahogó una maldición. Apartó la mano derecha y descargó un espeluznante hachazo sobre su nuca.

Todo el cuerpo se relajó de golpe. Lo soltó para apoderarse del

cuchillo. El hombre no rebulló. Inclinandose, comprobó que tenía el cuello torcido en un ángulo absurdo. Estaba muerto.

Era una complicación, porque el hallazgo del cadáver despertaría la alarma.

—Vas a viajar, camarada —refunfuñó entre dientes.

No sin esfuerzo, logró cargarse el corpachón sobre el hombro.

La ascensión a lo largo del muro fue una pesadilla. Sudaba y jadeaba como un fuelle cuando llegó arriba, donde necesitó apoyarse unos instantes para recobrar el resuello. Luego impulsó el corpachón inerte con un golpe de hombro y lo arrojó al otro lado.

Minutos más tarde, de nuevo cargado con el cadáver, recorrió la callejuela, torció por la fachada posterior del Ayuntamiento y se detuvo junto al gran coche «Pigmouth» alquilado aquella tarde.

Cargó el cadáver en el portaequipajes. Tras esto, emprendió la marcha.

La carretera bordeaba el mar, encaramándose a trechos por la rocosa ladera de la montaña. Las nubes habían vuelto a cerrarse, ocultando la luna, de modo que era una noche oscura por completo.

Tras quince minutos de marcha, detuvo el auto al borde de un acantilado de veinte metros de altura. Abrió el portaequipajes, sacó el corpachón del hombre del cuchillo y lo arrojó al vacío. A la mañana siguiente sería encontrado sobre la arena de la estrecha playa y las autoridades tendrían mucho en qué pensar.

Volvió a reanudar la marcha y ya no se detuvo hasta su propia residencia, a la que entró después de tomar algunas precauciones, y comprobar que las señales que dejara en la verja de entrada no habían sufrido modificación alguna.

Diez minutos más tarde estaba acostado, aunque por mucho que lo intentó no pudo pegar un ojo durante mucho tiempo...

Amanecía cuando quedó dormido.

Le despertó una insistente llamada a la puerta principal. Se levantó de un salto, tanteando en busca de las zapatillas. El timbre sonaba sin cesar, como si quien fuera que llamaba tuviera mucha prisa.

Abrió la ventana y se asomó, gruñendo:

—¡Está bien, está bien! ¿Qué demonios...?

El comisario Lombard levantó la cara y le contempló con cierto desaliento.

—De modo que estaba usted aquí, después de todo —dijo.

—Por supuesto. Ésta es mi casa, supongo. ¿Dónde creía usted que estaba?

—Quizá en Cannes...

—¿Cannes? Está usted hablando en acertijos.

—¿Puede bajar a abrir la puerta? Le advierto que son las once y media de la mañana... Debió acostarse endiabladamente tarde anoche.

—Seguro.

Lombard se quedó pensando en si era seguro que se había acostado tarde, o que bajaba a abrir.

Fue eso último y entró, observando a Kyle con ojos desapasionados.

—Le traigo una noticia —dijo.

—Cuando me levanto tengo las facultades embotadas, comisario. ¿Quiere decir que ha subido hasta aquí arriba sólo para darme una noticia?

—Justamente.

—Bueno, quizá ha detenido a esos bastardos...

—No se trata de eso.

Se detuvo, enfrentándose con el policía.

—Entonces, no comprendo nada. ¿Le apetece una taza de café?

—Si lo prepara para usted, aceptaré con gusto.

Bajaron a la gran cocina, cuyo ventanal se abría sobre el desnivel del terreno en la parte posterior del edificio. Mientras Kyle manipulaba con la cafetera, preguntó:

—¿He de aguardar a que tome el café para oír esa noticia?

—Puede escucharla ahora, por supuesto. La Legación israelí en Cannes ha volado.

—¿Qué?

Se volvió. Sus ojos relampagueaban.

Lombard repitió:

—Bombas. *Plástico* según nuestros técnicos.

—¡No me diga...!

Puso la cafetera en el fuego y se acercó a la mesa.

—Cuénteme —pidió, sentándose ante el policía.

—Una cosa sencilla... Colocaron cargas de *plástico* en cada uno de los coches que había en el garaje. Esta mañana el encargado de

negocios ha puesto en marcha un «Mercedes»... Bien, no ha quedado mucho del hombre. Lo malo ha sido que esa bomba ha hecho estallar las que había colocadas en otros dos coches. La Legación se ha venido abajo, ha habido un incendio y víctimas... Demasiadas —rezongó para terminar.

Kyle sostuvo su abúlica mirada sin parpadear.

Al fin dijo:

—¿Por qué viene a contármelo a mí?

—Después de lo que hablamos ayer, he supuesto que le interesaría saberlo.

—Miente.

—¿Cómo?

—Miente —repitió—. Usted ha venido aquí con la esperanza de pillarme ausente... tal vez en Cannes. Quería cargarme con ese estropicio.

—Bueno, en parte tiene razón. Han sido identificadas las víctimas... Dos de los cadáveres pertenecían a individuos que no tenían por qué estar allí. Sabemos sus nombres y estamos investigando, pero los dos llevaban pistolas y cuchillos de resorte. No eran precisamente diplomáticos, ni pertenecían al personal acreditado.

—Ya veo... Uno de los célebres «comandos» de choque.

—Pudiera ser. También hemos podido averiguar que esos dos fueron vistos rondando cerca del Club Náutico ayer... un par de horas antes que su yate volase.

—No me sorprende.

—¿Dónde estuvo usted anoche, Kyle?

Lo directo de la pregunta no desconcertó al aventurero, que se entretuvo en retirar la cafetera del fuego y preparar unas tazas, antes de responder:

—Aquí, por supuesto.

—Usted solo, naturalmente.

—Sí.

—Y no salió en toda la noche.

—En absoluto.

—No obstante, alquiló un coche en la agencia «Hertz».

—¿Es algún delito? Necesito un coche, estoy acostumbrado a moverme con libertad, y hasta que compre otro necesito cuatro

ruedas para andar de un lado a otro.

—Por supuesto, está en su derecho... Pero me gustaría saber adónde fue con el auto. Sólo por curiosidad, Kyle.

—Bien, me decidí a dar un paseo con él para probarlo. Me gusta estar familiarizado con los coches que manejo, especialmente ahora, cuando mi cabeza puede depender de la velocidad en cualquier momento.

—Resulta curioso...

Tomó su taza y le añadió un terrón de azúcar. Probó el brebaje y esbozó un gesto de aprobación.

—Muy bueno —comentó.

Kyle estaba mirándole con ojos desapasionados.

—Vamos, continúe —le instó, sabiendo lo que iba a seguir.

—El coche está delante de la casa. He mirado el cuentamillas... y tengo anotadas las que marcaba al salir de la agencia. Usted ha recorrido justo las que hay hasta Cannes, ida y vuelta.

—Fue el recorrido de prueba.

—Kyle, le advertí. El pánico empieza a extenderse por la costa. La catástrofe de la Legación ha desbordado los límites de lo tolerable...

—Dígaselo a esos criminales, comisario. Yo soy la víctima, ¿lo ha olvidado?

—Me gustaría estar seguro de lo que es usted... Muy bueno este café, Kyle. De veras.

—Soy una excelente ama de casa, lo crea usted o no.

Apuró el café hasta la última gota antes de gruñir:

—He de marcharme, pero antes me gustaría que respondiera a una pregunta... —Hágala.

—¿Queda alguno vivo de los hombres que manejaron ese tráfico con usted?

—Sólo yo.

—Ya veo... Presiento que se avecinan malos tiempos para nuestro pacífico pueblo... Ahora concentrarán todas sus fuerzas contra usted.

—Estoy seguro que lo harán. Sólo que quizá sus fuerzas comiencen a verse diezgadas a partir de hoy, comisario.

—Ya han comenzado a serlo en Cannes.

Se dirigió a las escaleras seguido de Robert Kyle, cuya mente era

un torbellino de interrogantes. No comprendía bien la postura del policía. Le desconcertaba. Y se daba cuenta que bajo aquella apariencia abúlica se escondía una mente ágil y una voluntad indomable.

Debería tenerlo en cuenta.

Antes de despedirse, el comisario le advirtió:

—Si vuelven a producirse hechos violentos dentro de mi demarcación, amigo mío, me veré en la necesidad de solicitar ayuda de París. Recuérdelo.

—Le repito que eso no depende mí, comisario. Buenos días.

Al quedar solo, cerró la puerta, subió a su cuarto y después de una ducha rápida se vistió, asegurándose de que la pistola «Magnum» estaba cargada y en perfectas condiciones.

Volvió a la cocina, donde se preparó un desayuno, del que dio cuenta con buen apetito. Tras esto, fue en busca del coche y abandonó la propiedad como uno más de los miles de turistas que lo llenaban todo.

Las circunstancias que lo diferenciaban del resto de turistas no estaban a la vista precisamente.

CAPÍTULO VI

Habían anochecido cuando regresó a la casa. Tras las acostumbradas precauciones, entró con la pistola en la mano. Era un edificio grande y de dos plantas, no obstante, empleó todo el tiempo necesario en registrarlo de arriba abajo para evitar sorpresas funestas.

Tranquilizado por ese lado, entró en el despacho, escanció *whisky* en un vaso y le añadió un poco de agua. Sentíase satisfecho de sí mismo. Era una satisfacción producto de varias decisiones, pero que le infundía en un futuro lleno de violencia.

Además, el cablegrama enviado también daría sus resultados a no tardar.

Estaba saboreando el *whisky* cuando sonó el teléfono.

Lo descolgó mecánicamente.

—Habla Kyle —dijo.

—¡Bob!

Fue un grito cargado de terror.

—¡Lisette! ¿Qué sucede?

—¡Dios santo, tienes que venir...!

—¡Está bien, está bien, cálmate! ¿Qué sucede?

—Alguien ha tratado de entrar en mi casa... ¡Estoy tan asustada!

—¿Estás segura que querían entrar?

—¡Oh, sí! Por favor, Bob, cariño...

—Voy a ir inmediatamente, por supuesto. ¿Tienes todo bien cerrado?

—Sí, sí... Tal como me dijiste por teléfono. Ventanas y puertas. Lo he comprobado.

—¿Dónde está ahora el intruso?

—No lo sé... Forcejeaba en una ventana. No parecía importarle mucho el ruido. Luego, cuando me he puesto a chillar, se ha marchado...

—Muy bien, pequeña mía. No abras a nadie. Aléjate de cualquier ventana. No tardaré más de unos minutos.

—¡Por favor, date prisa!

Colgó mascullando un juramento. Podía tratarse de un ladrón vulgar, pero no pareció lógico. Los amigos de lo ajeno, especialmente los que operaban en toda la Costa Azul, eran profesionales. Sabían muy bien dónde trataban de meter mano. ¿Qué podían buscar en una casita sencilla como la de Lissette, y con ella dentro además?

Lanzó el coche carretera adelante como un bólido. «Comandos» otra vez... Igual que habían asesinado al pobre Giuseppe... querían asestarle otro golpe moral en la persona de la muchacha...

Hundió el acelerador hasta abajo. El poderoso motor lanzó el coche cuesta arriba sin esfuerzo aparente. Las ruedas rechinaron salvajemente en cada curva.

Llegó a poca distancia de la casita blanca de la muchacha. Paró el motor y apagó las luces. Se aseguró de que estaba en condiciones de enfrentarse a cualquier situación tanteando su propia persona y empuñando la pistola. Sólo entonces avanzó por entre los árboles, silencioso como un gran gato.

Había luz en dos ventanas de la planta baja. Se felicitaba por el hecho de que Lissette hubiera tenido la sensatez de seguir las instrucciones que le diera, llamándole...

Se detuvo a poca distancia de la pared lateral de la edificación. No pudo distinguir nada sospechoso ni hubo ningún rumor desusado a su alrededor. Fue deslizándose hacia la puerta. Nada sucedió.

Se detuvo una vez más a un lado de la entrada, bajo el pequeño porche. Escuchó. Muy suave, le llegaba la música de una radio procedente del interior. Pulsó el timbre sin abandonar la pistola.

Un instante después, la voz rota y asustada de Lissette preguntó, vacilante:

—¿Quién... quién está ahí?

—Abre, pequeña; soy Robert Kyle.

La llave giró en la cerradura. Kyle guardó la pistola, felicitándose por haber llegado a tiempo.

Dio un paso hacia adentro cuando la puerta giró. En el mismo instante, el Universo pareció desplomarse sobre su cabeza con un

impacto que estalló en todas las fibras de su cuerpo.

Cayó fulminado, y ya ni siquiera notó el impacto del suelo contra su cara.

Alguien le llamaba y la voz resultaba lejana y débil.

Un taladro neumático trabajaba dentro de su cráneo con un entusiasmo digno de mejor causa.

Era un tormento insoportable, pero no podía hacer nada por aliviarlo, entre otras razones porque se encontraba flotando en una región neutra en la que todo era dolor. No había fuerza alguna en sus miembros.

La voz, persistente, no cesaba.

Tampoco la máquina que taladraba su cerebro se tomaba punto de reposo.

Se asustó. Debía estar muerto. Luego se dijo que si estuviera muerto no habría dolor, ni voces... como no fueran las del diablo.

De pronto, notó un duro golpe en el costado. La voz se aproximó.

—¡Maldito perro! Trae agua, Moshe. Un cubo.

De manera que no estaba muerto. Pero no por eso la situación mejoraba mucho.

Luchó con sus sentidos para aclarar la barahúnda endiablada que era su mente.

Le habían golpeado. Recordaba al fin. Lissette había abierto la puerta... ¡Lissette!

Estuvo a punto de gritar al recordar a la muchacha. ¿Qué habrían hecho con ella?

Poco a poco los sentidos regresaban a él. A regañadientes a causa del intenso dolor que le agarrotaba, pero regresaban al fin y al cabo.

Entonces, una avalancha de agua le sacudió. Era agua fría que penetró en su boca, en los ojos y le empapó los cabellos y las ropas. Se sacudió instintivamente y abrió los ojos. Había un velo turbio ante ellos. Y unas sombras más oscuras moviéndose en su radio de visión.

Parpadeó furiosamente. Sus ojos se libraron del agua y finalmente su visión se aclaró. La luz le obligó a cerrarlos de nuevo, ladeando la cabeza.

—Levántalo.

Unas manos le sujetaron por los cabellos y tiraron hacia arriba. El terrible dolor se agudizó hasta extremos insoportables. Nació en la base del cráneo y se extendía en oleadas al resto del cuerpo hasta el punto que no sabía qué le dolía más. Debían haberle golpeado brutalmente, de lo contrario no tenía explicación...

La mano que sujetaba sus cabellos los soltó y cayó sentado sobre una butaca. El mundo pareció girar a su alrededor.

Alguien le abofeteó. No muy fuerte, pero la cabeza pareció como si quisiera desprenderse del tronco. Gimió y abrió de nuevo los ojos.

Un hombre estaba inclinado hacia él. Era un hombre delgado, fuerte y de rostro pálido e inexpresivo. Otro, más bajo y grueso, estaba un poco más atrás sosteniendo un cubo vacío.

—¿Me oyes, perro?

Tenía una voz rotunda. Voz acostumbrada a mandar, a gritar órdenes que serían obedecidas a rajatabla...

—¿Me oyes? —repitió.

—La chica... —balbuceó—. ¿Dónde está ella?

No le respondieron, pero una mano muy dura le abofeteó repetidamente, lanzándole la cabeza de un lado a otro, agudizando el dolor insoportable, lacerándole todos los sentidos, humillándole.

—¿Fuiste tú el autor de la explosión de Cannes? ¡Responde!

Levantó la cabeza. Le pesaba como si sostuviera un gran bloque de plomo sobre la nuca.

—¿De qué estás hablando? —farfulló.

Su voz resultó débil, pero inteligible.

—¡Lo sabes muy bien! —De nuevo le abofetearon. Luego, aquella voz desapasionada gruñó—: Quiero oírtelo decir. Quiero que lo confieses de viva voz, perro... ¿Me oyes?

Se enderezó en la butaca y miró a su alrededor. Entonces descubrió al tercer miembro del grupo. Estaba sentado sobre el borde de la mesa y contemplaba la escena pacientemente, sin intervenir. Tenía un largo cigarrillo apagado entre los labios, y sus ojos miopes se ocultaban tras unas enormes gafas oscuras.

De Lissette no había el menor rastro.

Volvió a insistir.

—¿Dónde está Lissette? ¿Qué le habéis hecho, puercos?

Un duro revés le hizo tambalearse a punto de caer fuera del asiento.

—¡Responde sólo a las preguntas! ¿Entiendes?

—¡Al demonio!

Trató de esquivar el nuevo golpe, pero sus reacciones no eran lo bastante rápidas todavía, así que recibió el impacto en plena boca. Notó el sabor de la sangre en los labios. Levantando la cabeza, escupió con fuerza y acertó al tipo delgado en la cara.

El matón rugió de furor y levantó los puños. Una seca orden le contuvo. El hombre de las gafas refunfuñó:

—Al grano, León. Estás perdiendo mucho tiempo.

—Está bien... Escucha, Kyle; fuiste juzgado y condenado. Hemos venido para ejecutar esa sentencia, ¿entiendes? Pero antes de matarte necesitamos un par de respuestas. Eso hará que tu muerte sea rápida. No sentirás apenas nada. ¿Comprendes lo que te digo?

—Sí, perfectamente... pandilla de payasos... ¡Juzgado y condenado! Bonita manera de encubrir asesinatos.

Se enderezó en la butaca otra vez. Respiró hondo, acompasadamente para recobrar fuerzas y calmar el loco latir de su corazón.

El otro volvió a la carga:

—¿Fuiste tú quien dinamitó los coches de la Legación de Cannes?

—Vete al demonio, matarife. No sé de qué hablas.

El llamado León levantó la mano y descargó un brutal mazazo de arriba abajo. Sólo que esta vez hubo cierta variación en el programa, porque Kyle se ladeó, esquivando el golpe, y disparó un puntapié hacia arriba al mismo tiempo.

No resultó un golpe demasiado duro, pero acertó justo adónde había deseado pegar y León se dobló por la mitad, aullando de rabia y dolor a la vez.

El tipo de la mesa saltó al suelo, aproximándose. Llevaba una «Luger» en la mano. La sostenía descuidadamente. Sobre la mesa estaba la «Magnum» que Kyle reconoció como suya.

La «Luger» tenía el cañón, desmesuradamente prolongado por el silenciador S.S., que le habían aplicado.

El hombre dijo:

—Nos has causado muchos problemas, Kyle, pero en parte ha sido una suerte que hayas quedado para el final... así has podido ver cómo la muerte se acercaba a ti, después de cada compinche

tuyo muerto. Debe haber sido algo muy desagradable, ¿no es cierto?

—Seguro... Estuve temblando todo el tiempo.

El hombre hizo una mueca. Volviéndose hacia su camarada gruñó:

—¡Termina ya de lamentarte, estúpido!

León trató de enderezarse, sin apartar las manos del lugar machacado por el puntapié.

Entre dientes farfulló:

—¡Le haré pedazos...! ¡Lo quiero para mí, Dachs...!

—¡Cierra la boca! —De nuevo se enfrentó con Kyle. Éste reconoció de pronto aquella voz pausada, inhumana, que ya oyera por teléfono cuando mataron a Jorsen...—. Sabemos que tú has dinamitado los autos de la Legación de Cannes. No queda nadie más de tu grupo. Pero eso, excepto las vidas que ha costado, no tiene mayor importancia. Tú pagarás por todos, y en buena moneda, aparte de con la vida.

—¿Sí?

—Hemos hecho averiguaciones. Toda tu fortuna está repartida por distintos Bancos franceses y suizos... La fortuna que acumulaste con la venta de armas a nuestros enemigos.

—¿Y qué? ¿Quieres que firme un testamento a tu favor?

—Harás algo mejor que eso. Firmarás cheques y órdenes de pago por la totalidad del dinero. Esos millones volverán a manos más honestas que las tuyas.

—Manos chorreantes de sangre, ¿eh?

—No hagas frases de melodrama. Nuestras manos están limpias.

—Tanto como el infierno. De modo que he de firmar mi propia ruina...

—Tú estás prácticamente muerto. No vas a necesitar ese dinero. ¿Alguna objeción?

Le miró. Debían estar locos. Rematadamente locos a causa de su ciego fanatismo.

—Dime primero dónde está la muchacha.

—Atada y amordazada en la habitación de al lado. No le ocurrirá nada a ella. Sólo ejecutamos a quienes han sido sentenciados previamente.

—Eso me conforta —gruñó con amarga ironía—. Quiero verla.

—¿Cómo?

—Quiero asegurarme de que está viva y no ha sufrido daños.

—Oh, está bien, levántate. Pero no intentes nada o te mataré sin vacilar.

—No te pongas dramático.

Se levantó. Las piernas le vacilaban todavía y necesitó apoyarse en el respaldo de la butaca. No obstante, poco a poco las fuerzas volvían a sus bien entrenados miembros. Siempre vigilado por el individuo llamado Dachs atravesó la sala y abrió la puerta del dormitorio. Lissette estaba tendida sobre la cama, sólidamente amarrada y amordazada. Sus ropas en desorden delataban que no se había dejado reducir sin lucha.

Sus ojos se desorbitaron al ver a Kyle. La expresión de terror que inundaba su rostro se agudizó. Robert dijo:

—Calma, pequeña... No te pasará nada, ya lo verás.

Dachs le obligó a retroceder y cerró otra vez la puerta. León se había enderezado y se apoyaba contra la mesa. El otro hombre rechoncho y silencioso continuaba manteniéndose aparte, como si la cosa no le interesara mayormente.

Fue a éste a quien Dachs ordenó:

—Trae mi cartera, Moshe.

Era un portafolios de piel, del que extrajo todo un surtido de documentos y unos talonarios de cheques. Maravillado, Kyle comprobó que eran de los Bancos en los cuales tenía depositado su dinero, y además ostentaba las respectivas numeraciones de sus cuentas.

—No cabe duda que tienes una buena organización camarada —comentó, estupefacto.

—Nos ha costado mucho tiempo prepararlo todo. Empezamos a pensar en eso después que fracasó nuestro primer golpe contra ti.

—Ya veo...

—Por eso decidimos terminar primero con los demás. Ahora, firma los cheques necesarios y las correspondientes órdenes de pago.

Se acercó a la mesa con todos los papeles entre las manos. De un zarpazo, Moshe se apoderó de la «Magnum» para quitarla de su alcance.

Sonrió entre dientes. Tanteó sus bolsillos. Le habían despojado de cuanto llevaba en ellos, incluso de la pluma.

No obstante, seguía notando el delgado estorbo en el antebrazo derecho, un poco más arriba de la muñeca.

Esparció los talonarios sobre la mesa y se sentó en una silla. León se retiró para apoyarse contra la pared, pálido y macilento a causa del golpe. Sus labios amoratados temblaban.

Moshe se guardó la «Magnum» en un bolsillo y abandonó el cubo de plástico cerca de la puerta que daba a la pequeña cocina.

—¿A nombre de quién he de rellenar las órdenes de pago?

Dachs gruñó:

—Del coronel Raby.

Sorprendido, levantó la cabeza.

—¿Quién es ése? —indagó.

Dachs colocó su pluma sobre la mesa.

—El jefe supremo de nuestras unidades de choque. Se hará cargo de tu fortuna para que sea administrada por nuestras organizaciones de socorro.

—Entiendo... Coronel Raby, ¿eh? Se cuentan muchas historietas de ese tipo.

—La mayoría son ciertas. Y basta ya. Firma.

Comenzó a firmar documentos, después de rellenarlos uno por uno. Por el rabillo del ojo no perdía de vista a los tres hombres. El único que estaba cerca, y con el arma en la mano, era Dachs.

Le faltaba firmar sólo los cheques cuando dejó la pluma y gruñó:

—Me gustaría fumar un cigarrillo, camarada. El último pitillo del condenado, ¿no se dice así?

Dachs sacó un paquete de tabaco con la mano izquierda y lo tiró sobre la mesa. Se colocó un cigarrillo en los labios.

Precavidamente, Dachs dejó también las cerillas al lado del paquete. Encendió y exhaló una bocanada de humo. El tabaco le supo a paja.

Reanudó las firmas. Centenares y centenares de miles de francos se ventilaban en cada documento...

De pronto, dejó la pluma disimuladamente. Rodó y se deslizó al suelo.

Quitándose el cigarrillo de la boca se inclinó de costado, sólo que en lugar de recoger su pluma hizo un movimiento brusco retorciendo la muñeca. Algo metálico y tibio se deslizó por la manga hasta la palma de su mano.

Entonces recogió la pluma, enderezándose. Dachs, inclinado sobre la mesa, examinaba uno de los documentos asegurándose de que estaba correctamente redactado y firmado.

Depositó la pluma cuidadosamente sobre los cheques con dos dedos. Después, con el pulgar, oprimió el duro resorte y una centelleante hoja de acero saltó fuera de la empuñadura con un chasquido.

Dachs levantó la cabeza. Todavía no había comprendido a qué fuera debido aquel seco ruido cuando vio un relámpago de plata que describía un raudo círculo. Trató de echarse atrás demasiado tarde y una llamarada de dolor penetró en su garganta.

Se arrojó hacia atrás, ciego, boqueando. La «Luger» se desprendió de sus dedos sin fuerza y cayó al suelo antes que él, a pesar de que murió casi instantáneamente.

León pegó un salto llevándose la mano al bolsillo posterior del pantalón, al mismo tiempo que Moshe luchaba por extraer la pesada «Magnum» que había guardado antes.

Kyle se dejó caer bajo la mesa. Su mano cayó como una garra sobre la «Luger». Entonces León comenzó a disparar.

El retumbar de su pistola estremeció los cristales. Una bala arrancó astillas de la pata de la mesa, junto a la cara de Kyle y éste rodó a un lado.

Se movió tan rápidamente como pudo. Hubo más disparos por parte de León, pero falló a causa de la movilidad del objeto que trataba de matar.

Kyle derribó la mesa al tiempo que tiraba del gatillo. La «Luger» acusó el potente retroceso, pero apenas produjo ruido alguno. Disparó dos veces más hasta ver a León rebotar contra la pared en que estuviera apoyado y caer con un alarido de muerte.

Moshe había conseguido empuñar la «Magnum» y apretó el disparador atolondradamente. Se olvidó que aquella pistola estaba equipada con el seguro, de modo que perdió un tiempo precioso en soltarlo cuando vio el fracaso del primer intento.

Kyle no le dio tiempo a rectificar. Disparó el resto de proyectiles que quedaban en la «Luger», de manera que el cuerpo rechoncho del fracasado asesino acusó los impactos estremeciéndose y rebotando por el suelo. Sólo cuando el percutor pegó en el vacío Kyle advirtió que todo había terminado.

Entonces se dio cuenta del sudor helado que empapaba sus ropas, de la sequedad de su garganta y del escozor que la pólvora producía en sus ojos.

Se levantó, recogió su propia pistola y entonces limpió cuidadosamente la «Luger», que dejó después sobre la mesa. Registró el cadáver de Dachs, que se desangraba sobre la gruesa alfombra. Volvió a apoderarse de todas sus pertenencias, que distribuyó en los bolsillos.

Apenas podía creer que la pesadilla hubiera terminado. Sólo unos segundos desenfrenados, alucinantes, y todo volvía a ser como antes.

Pero habían sido unos segundos decisivos... tanto como para separar la vida de la muerte.

CAPÍTULO VII

Tan pronto acabó de librarla de las cuerdas, Lissette se echó en sus brazos sollozando desesperadamente.

La sostuvo apretada contra su pecho. Intentó encontrar palabras con qué calmarla, pero él mismo estaba todavía bajo el terrible impacto de los sucesos y no pudo hacer otra cosa que, separándola un poco de sí, besarla larga y apasionadamente.

Poco a poco ella dejó de llorar. Sus manos se posaron sobre los hombros de él y, finalmente, respondió al estímulo del beso y se dejó llevar por la caricia sin fin que le devolvía las fuerzas y las ansias de vivir.

—¿Mejor ahora? —preguntó Kyle, mirándola a los ojos.

—¡Dios santo! ¿Qué ha pasado, Bob?

—Nada agradable. Tranquilízate, ya no podrán hacerte daño... Ningún daño.

—¿Y esos disparos? Creí morir cuando los escuché, porque pensé que ya te habrían matado... Me dijeron que era eso lo que pretendían: Matarte... Ejecutarte, fue lo que dijeron exactamente.

—Bueno, ya ves que no lo han conseguido. Pero es mejor que permanezcas aquí todavía. Lo que queda ahí fuera no es agradable de ver.

—¿Los tres...?

—Sí.

Se estremeció. El la contempló con agrado. Era una muchacha delgada y alta, pero no tan delgada que su cuerpo no pregonara las suaves formas de su femineidad. Sus piernas eran perfectas y su cintura delicada como la de una bailarina. Su busto se agitaba a impulsos de la fuerte respiración. Sólo entonces advirtió el desorden de sus ropas y la extensión de su cuerpo que quedaba al descubierto. Sonrió por primera vez.

—El más gordo... era un bruto. Mientras me ataba, sus manos...

—No pienses más en eso. Ha terminado.

—Me dejé engañar como una estúpida, Robert —confesó—. Ellos suponían que te llamaría en cuanto me diera cuenta que forcejeaban en una ventana. Lo tenían todo planeado. Tan pronto he colgado el teléfono han irrumpido en la casa, amenazándome con hacerme cosas horribles si no les obedecía...

—Puedo imaginarlo. En realidad, yo debí prever algo semejante, conociendo como conozco su manera de operar. Pero no volverá a ocurrir, pequeña mía.

Ella no podía apartar la mirada del maltratado rostro de Kyle. Sus ojos azules brillaban, húmedos de lágrimas retenidas. Toda su cara parecía irradiar la misma luz que se desprendía de su mirada cuando la fijaba en el hombre. Y era un rostro hermoso, de nariz un tanto respingona y labios firmes y rojos.

Kyle la besó levemente y se levantó.

—Tengo que quitar esos cadáveres de tu casa, querida. Deben haber venido en un coche, de modo que la cosa será fácil. No te muevas de aquí entretanto.

—Podré resistirlo si tú estás conmigo.

—No es nada agradable de ver, linda.

—Ya lo imagino.

Él se encogió de hombros y abrió la puerta. Lissette le siguió. A pesar de sus palabras, contuvo el aliento al ver la sangre y se apoyó contra la jamba de la puerta.

Vio cómo Kyle registraba los bolsillos del más gordo y del que todavía tenía una pistola empuñada. Cuando se levantó, el aventurero sostenía un llavero entre los dedos.

—De un «Mercedes Benz» —masculló, mostrándole las llaves—. No será difícil encontrarlo por las cercanías. Voy a traerlo hasta la puerta y te libraré de toda esa carroña.

—Date prisa, querido... Creo que podría desmayarme en cualquier momento.

—Piensa en otra cosa. Enciérrate en la cocina y prepara café. Lo necesitaremos esta noche.

Salió, atravesó el pequeño jardín y minutos más tarde localizó un gran «Mercedes Benz» con matrícula italiana. Probó las llaves y el motor zumbó al primer intento.

Condujo al jardín de la muchacha, apagó las luces y el motor y

entró de nuevo en la casa.

Lisette estaba en la cocina. La oyó trastear y no quiso decirle nada para evitarle el desagradable espectáculo.

Primero envolvió a Dachs en la misma alfombra sobre la que cayera y lo trasladó al coche. La alfombra volvió a dejarla en la casa porque podría ser una pista infalible. Cuando Lisette salió de la cocina los tres cadáveres habían desaparecido. Sólo quedaban las espeluznantes manchas de sangre y aquella alfombra empapada.

Kyle le advirtió:

—Tendrás que limpiar todo esto, pequeña. La alfombra es mejor quemarla. De todos modos, no creo que nadie piense en relacionar a esos tipos con tu casa.

—Lo haré.

Bebieron café en abundancia, mirándose de vez en cuando, pero sin hablarse, como si una sombra invisible se hubiera extendido entre los dos.

Quizá fuera la sombra negra de la muerte...

Al fin, ella murmuró:

—¿Cuándo volverás?

—Esta misma noche, aunque muy tarde.

—Robert...

—Dime.

—¿Quiénes eran esos hombres?

—Matarifes profesionales. Los mejor adiestrados y pagados del mundo. Eso es todo lo que debes saber para no verte metida en líos después. Y ahora, cierra todo cuando yo me haya ido, aunque no volverán en una temporada, el tiempo que tarden en enviar otro «comando».

—¿Otro qué?

—Un nuevo grupo de acción. Pero no pienses en eso. Es mejor que trates de dormir hasta mi regreso.

La abrazó, besándola con toda la pasión de que era capaz en medio de las tensas circunstancias. Lisette se entregó al beso por entero, sintiéndose de nuevo frágil y débil entre aquellos brazos duros y acariciantes a un tiempo.

Hubiera podido permanecer todo el resto de la noche prendida del hechizo de aquel beso, mas Kyle la apartó con suavidad y murmuró:

—He de irme... Acuéstate tan pronto hayas cerrado la puerta.

—Primero limpiaré todo esto.

Kyle abandonó la casita. Dio un vistazo a los cuerpos amontonados en el compartimiento posterior. Y justo en aquel instante se le ocurrió la idea.

Se detuvo con la portezuela abierta, rígido. Sería un abierto desafío, pero valía la pena, aunque sólo fuera para demostrar al coronel Raby con la clase de enemigo que se enfrentaba...

Cuando al fin puso en marcha el motor y se alejó carretera adelante sabía ya lo que había de hacer.

Condujo a buena velocidad, pero con prudencia. Un percance llevando tan macabro cargamento le sería fatal. Atravesó Cannes y continuó bordeando la costa en dirección a Niza. Se cruzaba con pocos vehículos a esas horas en que para unos era todavía demasiado temprano, y para otros excesivamente tarde. Dos o tres horas después, la carretera se llenaría de autos abarrotados de alegres trasnochadores procedentes de todos los clubs y garitos de la costa, y de los más lujosos de Niza. Para entonces debía haber terminado con lo que llevaba entre manos.

Cinco o seis millas antes de llegar a Niza redujo la velocidad, escrutando la izquierda de la carretera. A medida que contemplaba el paisaje recordaba mejor aquellos parajes. Al fin, localizó el estrecho desvío.

El poderoso motor del «Mercedes Benz» apenas acusó el esfuerzo de encaramarse por una mala carretera de tercer o cuarto orden, empinada y llena de baches. Recorrió casi una milla y entonces paró el motor y apagó los faros.

Se apeó. Estaba en un paraje rocoso bordeado de pinares. Anduvo un buen trecho para reconocer los alrededores. Quizá había calculado mal la distancia que le separaba de su destino, pero cuando comenzaba a pensar en la conveniencia de adelantar más con el coche, la alta verja de hierro surgió entre los árboles cerrándole el paso.

Sonrió en la oscuridad, agazapado detrás del tronco de un altísimo pino.

Más allá de la verja, entre el follaje de los árboles, brillaban las luces de una gran casa. Retrocedió sin ruido hasta el coche.

Lo condujo despacio, con las luces apagadas, y así consiguió

llegar hasta la puerta de la verja. Allí detuvo el motor, se apeó y retrocedió a pie en busca de la carretera de Cannes.

Aquel coche y su carga serían un amargo despertar para los habitantes de la lujosa residencia, bajo cuya placentera apariencia se escondía una de las bases europeas de los hombres que habían jurado matarle.

Deseó en su fuero interno que el coronel Raby estuviera allí en esta ocasión... sólo para dar la bienvenida a sus hombres.

CAPÍTULO VIII

Despertó muy tarde. La primera sensación que captó fue el penetrante aroma del café. Después su mente se despejó y pasó revista a los acontecimientos de la noche pasada.

Fue al tratar de moverse que gruñó de dolor. Tenía todo el cuerpo entumecido y la nuca rígida, como si la hubieran fijado a una estaca que le atravesara, la cabeza.

Lisette apareció en la puerta. Se había puesto unos «*shorts*» diminutos y una blusa corta anudada sobre el estómago. Su bello rostro mostraba todavía las huellas de lo sucedido, pero irradiaba aquella extraña luz que la convertía en la mujer más adorable de cuantas conociera jamás.

Se incorporó sobre un codo, mirándola. Olvidó el dolor que ese esfuerzo le produjo. Ella sonrió.

—Tienes el aspecto de un millón de dólares, querida —afirmó, aprobadoramente—. Y el café huele de manera maravillosa. Presiento que éste va a ser un día perfecto.

Ella avanzó. Sus largas piernas se movían con el ritmo grácil y alado de una maniquí en la pasarela. Inclinandose sobre él le ofreció los labios. Una oleada de perfume envolvió a Kyle sumiéndolo en un mundo del que no habría querido salir jamás.

Cuando ella se irguió estaba jadeando y sonreía.

—A ti no es preciso preguntarte si has dormido bien —dijo con ironía—. Aunque en tu caso no puedo decir que tengas tu mejor aspecto esta mañana... Debieron golpearte muy fuerte.

—Bien, no se mostraron muy delicados en eso. Creo que hasta tengo la cabeza hinchada como un globo. ¿Qué tal el café?

Ella corrió a la cocina. Kyle volvió a apoyar la cabeza en la almohada y cerró los ojos. Ahora que el dolor había despertado ya no había manera de acallarlo.

Cuando Lisette volvió a aparecer trayendo el café se incorporó

en la cama. Bebió un gran tazón y el ardiente brebaje ahuyentó buena parte de las brumas que entorpecían su cerebro, pero no alivió el dolor.

—¿Sabes que anoche conocí a una mujer muy interesante?

Lisette enarcó las cejas.

—No la llevarías en el coche, supongo. No creo que hubiera podido resistir la proximidad de tu sangriento cargamento.

—No, fue al regreso. Hice *autostop* durante casi una milla. Al fin, un «Maserati» descubierto se detuvo. Lo conducía una mujer y me llevó hasta Cannes.

—¿Y...?

—Lo creas o no, era americana. De Nueva York.

—Lo mismo que tú, ¿eh?

—Seguro.

—¿Te dijo su nombre también?

—Por supuesto; Dot Lawrence.

—Y conducía un «Maserati», ni más ni menos.

—Ya te lo he dicho. Fue una casualidad encontrarla... porque es una dama muy interesante.

La muchacha hizo una mueca de disgusto.

—No me cabe duda. Y a juzgar por la hora que llegaste aquí, debió contarte toda su historia desde los tiempos de la escuela primaria...

—Eso vino después. Primero se mostró distante. Supongo que debido a mi aspecto. Luego las cosas cambiaron.

—¿Sí?

Kyle sonrió.

—Yo conocía a la dama, querida mía. Bien... Quizá fuera más cierto decir que había oído hablar de ella, de modo que hice todo lo que estuvo en mi mano para atraer su atención sobre mi humilde persona.

—¿Le diste tu nombre también?

—Por supuesto, cariño. Y te aseguro que ella también había oído hablar de mí. Justamente fue a raíz de informarla de cómo me llamo que se interesó por lo que estaba haciendo a aquellas horas en la carretera y todo lo demás.

—Me gustaría mucho saber qué incluyes en ese «todo lo demás». ¿Es que estás loco, cabezota? Ella recordará que te encontró

vagando en la carretera anoche, con la cara llena de contusiones... y si te relaciona con el hallazgo de esos cuerpos y del «Mercedes»...

—¡Pero claro que me relacionará! Es una dama inteligente como pocas. Millonaria además y a la que gustan ciertas aventuras de vez en cuando.

—Ya lo imaginaba, no creas... La muy zorra, con el primero que encuentra en la carretera...

Kyle se echó a reír y tanteó en la mesilla de noche hasta localizar el arrugado paquete de cigarrillos. Encendió uno y dijo:

—No es lo que piensas, nena.

—No me digas —masculló con sarcasmo.

—Esa dama, por si eso te tranquiliza, preside algunos comités muy importantes en América. Todos los periódicos hablaron de ella durante la guerra de junio en Oriente Medio. Te aseguro que los árabes darían cualquier cosa por echarle mano.

—¿Por qué?

—Bien, digamos que, a escala internacional, postuló a favor de la causa israelita recaudando fondos y emprendiendo una gigantesca campaña publicitaria a favor de los ejércitos de Dayan. Entre otras cosas, es la viuda de un judío que levantó las dos más gigantes empresas de publicidad de Estados Unidos. Ella ha empleado todo ese poderío y un poco más en ayudar a ensalzar las conquistas de Israel. Es una militante convencida... Y respaldada por una impresionante montaña de millones.

—Y a ti sólo se te ocurrió darle tu nombre. ¿Qué clase de tonto eres, querido?

Kyle fumó golosamente unos instantes, como tomándose tiempo antes de añadir:

—Me invitó a su residencia, aunque no fijamos fecha para la visita.

Lisette dio un respingo.

—Ahora es cuándo realmente creo que estás loco. Apuesto que aceptaste la invitación.

—Sin titubear.

La muchacha le miró con los ojos desorbitados. Renunció a comprender a aquel loco que parecía reírse de ella con aquella expresión inescrutable.

Al fin masculló:

—Cuando te maten, por lo menos que lo hagan lejos de aquí.
¿Quieres más café?

—Después, cuando me haya duchado.

Ella se dirigió a la puerta, salió y cerró de golpe.

Kyle se levantó. Solo entonces la dolorosa secuela de la noche anterior se le ofreció en toda su intensidad. Las piernas apenas pudieron sostenerlo en los primeros instantes y todo comenzó a dar vueltas a su alrededor. Con un gruñido de disgusto fue hacia el cuarto de baño.

Una ducha prolongada alivió en parte el dolor. Después buscó en el pequeño botiquín hasta localizar las aspirinas y engulló tres con un sorbo de agua.

Cuando entró en la cocina su aspecto había mejorado en parte, aunque la muchacha no pareció advertirlo, enfurruñada como estaba.

—¿Te sientes con fuerzas para prepararme el desayuno, linda?

—Debería mandarte al diablo, cabezota —le espetó—. Sólo que no lo haré todavía.

—¿Por qué?

—No lo sé, ésta es la verdad. A veces pienso que estoy enamorada de ti, pero en otras ocasiones me sorprende a mí misma deseando arañarte hasta arrancarte la piel a tiras...

De pronto calló y le rodeó el cuello con sus brazos desnudos. Ya no hubo más reproches porque el beso barrió todo cuanto no fuera la pasión que les impulsaban uno en brazos del otro, con un delirante sentimiento que no necesitaban analizar para entregarse al frenesí que llenaba sus vidas.

Minutos más tarde, ella susurró, con los labios rozando los de él:

—Esa mujer, querido...

—¿Sí?

—¿Pertenece a la organización que ha intentado matarte?

—Bien, no creo que sea un miembro activo de ella, pero estoy seguro que conoce su existencia y que les preste su apoyo cuando lo necesitan. Es una especie de diosa vengativa que gusta de la violencia, quizá porque ya no encuentra sensaciones en nada más.

—Demasiado dinero, ¿no?

—Tal vez.

—¿Crees que les dirá que te llevó en su coche?

—No me cabe duda.

—Cariño... cada vez estoy más asustada. ¿Dónde... dónde dejaste el coche?

—¿El «Mercedes»? A menos que estuviera muy equivocado, lo devolví a sus legítimos propietarios.

—¿No puedes hablar en serio por una vez?

—Estoy hablando en serio. Lo dejé ante la verja de una residencia en la que se alojan algunos diplomáticos y funcionarios israelíes, cuando se supone que están de vacaciones. Sólo que además, admite otra clase de huéspedes... tipos como los que anoche estuvieron aquí.

—Corriste un gran riesgo, querido...

—En todas partes se corren riesgos. Y ahora, ¿qué me dices del desayuno?

—Toma más café mientras lo preparo. ¿Te quedarás conmigo todo el día?

—No, lo lamento mucho. Pero he de ir a Cannes.

Ella le miró de reojo.

—¿A ver a esa víbora?

—A recibir a un amigo mío, si es que llega. En cuanto a la dama en cuestión, es prematuro visitarla hoy. La dejaremos que se cueza un tiempo en su propia salsa, hasta que acabe por invitarme nuevamente. Verás cómo es ella la que me llama en un momento determinado.

—Mira, renuncio a preguntarte nada más. Presiento que soy una muchacha demasiado normal para penetrar en tu vida... Una muchacha vulgar que cree todavía en los hombres con una sola cara y con sentimientos corrientes, de los que una puede estar segura en cuanto los advierte...

—Exageras. En todo caso, eres la muchacha a la que quiero y eso debería bastarte.

—Me bastaría si estuviera segura. No me gustaría quedarme viuda antes de casarme contigo, lo creas o no.

Kyle se echó a reír, pero su risa sonaba a falso por cuanto sentía una gran ternura por ella.

Apenas acabó con el desayuno se levantó.

—Ahora, escúchame bien. No creo que vuelvan a atentar contra ti, puesto que ya saben que esa trampa no puede funcionar dos

veces. No obstante, quiero que te quedes en casa y que, en caso de advertir cualquier signo alarmante, llames inmediatamente al comisario Lombard. Es un polizone de aspecto engañoso, pero se puede confiar en él.

—Por lo menos, ¿vendrás esta noche?

—Posiblemente. Busca el número de teléfono de la policía y déjalo anotado al lado del teléfono. ¿Conforme?

Ella asintió con un gesto. La besó con el mismo apasionamiento que le dominaba cada vez que la tenía en brazos, y después se fue.

La muchacha quedó en la puerta, sintiendo sobre su piel los cálidos rayos del sol. Pensó en lo agradable que sería corretear por la playa con Kyle; nadar con él como otras veces, sin problemas, sin asesinos acechando... pensando solo en ellos dos y en su amor.

Dudó de que eso volviera alguna vez.

CAPÍTULO IX

El gran avión de pasajeros se aproximó a la punta de tierra que, adentrándose en el mar, formaba el extremo de la pista de aterrizaje del aeropuerto de Niza.

La gente que esperaba, aglomerándose en los edificios de la terminal, vieron la silueta del aparato perfilarse cada vez más cercana, sobrevolando el cabo Antibes mientras iba perdiendo altura. Antes de que enfilara definitivamente la pista, la gran aeronave pasó rugiendo por encima de la multitud de bañistas que abarrotaban las playas de *Cros-de-Cagnes*.

Minutos más tarde se deslizaba majestuosamente sobre el suelo hasta detenerse en la explanada.

Los pasajeros, la mayoría de ellos turistas deseosos de pasar las vacaciones en Niza y sus alrededores, descendieron uno tras otro la escalerilla, hablando animadamente, quizá forjando planes con los recién conocidos compañeros de viaje.

Cader El-Hasan fue el último en descender. Era un hombre alto, de rostro moreno y nariz aguileña. Unos ojos brillantes y extraordinariamente negros le daban cierto aspecto inquietante. Vestía con elegante descuido un traje gris perfectamente europeo y sólo el color de su piel le delataba como un árabe de clase elevada.

En realidad, eso era poco más o menos.

Cumplió los trámites de aduana sin impedimento alguno, recogió su única maleta y abandonó la terminal, ignorando el autocar de la compañía aérea que aguardaba a los viajeros.

Se internó por entre los coches estacionados en el aparcamiento reservado, mirando con gran atención las matrículas de cada uno. Finalmente, se detuvo al fado de un «Peugeot 404» de color gris plata. La matrícula era la que buscaba.

Abrió la portezuela. Las llaves estaban puestas en el encendido.

Depositó la maleta sobre el asiento posterior y un minuto

después estaba rodando por la amplia autopista en busca de la carretera de Cannes.

Tan pronto desembocó en ella aceleró, recostándose cómodamente en el asiento. Dejaba vagar su imaginación barajando posibilidades. Unas posibilidades dimanantes de ese viaje que había emprendido de repente por el hecho de haber recibido un cablegrama un tanto misterioso. Sólo que el cablegrama iba firmado por Kyle y eso era suficiente.

Dio un vistazo al espejo retrovisor. Un «Simca» de color rojo seguía su misma dirección, manteniéndose a corta distancia. Cader El-Hasan arrugó el ceño. Sabía la clase de enemigos que podía encontrar en el lado contrario de Kyle. En realidad, sabía muchas más cosas, tantas que habrían quitado el sueño a cualquiera que no hubiese tenido los nervios a prueba de bomba.

Aflojó la velocidad, dándole al «Simca» la oportunidad de adelantarle. Más, en lugar de hacerlo, también el coche rojo disminuyó la suya a fin de conservar la misma distancia.

Eso preocupó al árabe. No cabía duda que tenían vigilados los aeropuertos de toda el área de la costa donde se movía Kyle. Eso indicaba cuánto le temían a juicio de Cader.

Tomó una curva cerrada, junto a un precipicio. Detuvo el coche en seco, aunque dejó el motor en marcha. Se apeó de un salto, agazapándose entre unos arbustos que crecían al lado de la cuneta.

El «Simca» rojo entró en la curva y aceleró. De pronto, su conductor descubrió al «404» detenido más adelante y aplicó los frenos, avanzando poco a poco hasta parar por completo detrás del auto abandonado.

También él se apeó. Era un hombre de unos treinta años, bien proporcionado, moreno y de cabellos ensortijados. Se acercó al «Peugeot» sin sacar la mano del bolsillo lateral de la chaqueta. En su escrutinio llegó incluso a introducir la cabeza por la ventanilla.

Cader El-Hasan se deslizó fuera de su escondrijo. Cuando el otro advirtió su presencia, se encontró mirando la negra boca de un revólver automático y aquello pareció ser demasiado para su comprensión.

El árabe gruñó.

—Saque la mano de ese bolsillo, amigo, pero hágalo con mucho cuidado...

—¿Qué se propone? ¿Robarme?

—¿Usted qué cree?

La mano surgió, vacía, y fue a unirse a la izquierda que ya estaba levantada. El-Hasan ordenó:

—Vuélvase de espaldas.

—Oiga, si se trata de un atraco...

—Seguro, seguro, es un atraco con una técnica nueva.

Giró poco a poco, mirando al árabe por el rabillo del ojo.

Cader se aproximó despacio, con absoluta calma.

—Te han asignado un trabajo superior a tus fuerzas, amigo —comentó con una voz lastimera.

Apenas había acabado de hablar cuando golpeó la nuca del hombre con el revólver. El otro ni siquiera chistó, desplomándose hacia adelante.

Rápidamente, Cader lo levantó, metiéndolo de cabeza dentro del «Simca». Antes de alejarse, le vació los bolsillos apoderándose de todos sus documentos, que se embolsó sin titubeos.

Poco después había reanudado la marcha satisfecho de sí mismo. Habría que ver a Kyle cuando le contase semejante aventura.

Robert Kyle estaba sentado en la terraza del café Martins, en la plaza de Francia. Había vaciado su bebida y fumaba pacientemente. No se alteró su expresión cuando vio al árabe aproximarse por la acera, bajo el sol de fuego y sorteando las mesas que se apelotonaban, todas ocupadas por una multitud ataviada con breves atuendos multicolores.

Cader El-Hasan apartó una silla y tomó asiento frente a él.

—Tienes mal aspecto —comentó cachazudamente.

—He tenido dificultades, Cader. Graves dificultades.

—Eso he oído decir. Otros que tú y yo conocíamos las han tenido peores. Están muertos. —Sí.

—A propósito, Kyle; me han seguido al salir del aeropuerto de Niza.

Kyle se enderezó.

—¿Quién?

—Espera...

Sacó los documentos del individuo que había golpeado.

—¿Qué es eso? —inquirió el aventurero.

—Los documentos de aquel tipo... Ramson Levi, según veo. No

cabe duda alguna, ¿eh? —comentó con una mueca.

—Cuéntame.

Explicó en pocas palabras su corta aventura. Kyle comentó al final:

—Están bien organizados. Y nos conocen a todos, incluyéndote a ti. Lamento haberte metido en este avispero, Cader.

—Me he visto en otros peores. ¿De qué se trata?

—Necesito informes, y cuanto antes mejor. Además, también me vendría muy bien un poco de ayuda.

—Puedes contar con ambas cosas. Tú y yo seguimos siendo los mismos, y seguiremos así por muchas cosas que pasen. Empieza por los informes.

Kyle dijo:

—Tu departamento tiene sus archivos siempre al día, lo sé por experiencia. También conozco algunas de las materias que más interesan a tus jefazos...

—Al grano, Kyle. No necesitas demostrarme lo mucho que conoces nuestra organización.

—Está bien, entonces. Escucha...

Habló por espacio de quince minutos. Poco a poco, la mirada brillante del árabe adquirió una expresión azorada, pero después se entusiasmó y apenas pudo contener una exclamación de alegría.

—¿Crees que tú y yo seremos suficientes, Kyle?

—Con un poco de audacia, sí.

—De acuerdo.

—¿Cuándo?

—No es seguro... Las últimas noticias que llegaron a mis manos fue que lo preparaban para el lunes, quince.

—¿Y la ruta?

—La de costumbre, por avión. Pero el aparato pertenece a la compañía israelí.

—¿Y qué con eso? —Gruñó Kyle—. ¿Qué ruta sigue el aparato?

—Londres, París y Niza. Después de descargar los turistas de costumbre, directo a Tel Aviv. Por lo menos, ésta es la ruta que siguen regularmente, con las mismas escalas.

—Me parece muy bien. Esa gente apenas lamenta que sean exterminados la mitad de sus «comandos», pero saltan hasta el techo cuando se les exprime el bolsillo. Bien, les daremos tema para

lamentarse una temporada. Tras esto, ajustaremos cuentas definitivamente.

—¿Has calculado los efectivos de que disponen aquí?

—No tengo la menor idea. Lo que me interesa es averiguar dónde está el coronel Raby. Él es la cabeza de esa organización secreta de asesinos legalizados.

—Se rumorea que está en Europa, aunque ya sabes lo poco que logra filtrarse sobre ese demonio.

—Lo sé. Ojalá pudiera echarle la vista encima. Van tres veces ya que intentan matarme. Y asesinaron a Giuseppe...

—Lo supe con todo detalle, Kyle. Lo lamento mucho por el pobre viejo. También he sabido lo de los otros, incluso la muerte de míster Baker.

—Unos perros rabiosos, eso es lo que son. Quieren exterminarnos a todos porque proporcionamos armas a unos guerrilleros que toda su ambición era regresar a las tierras que les pertenecen. Pero no levantan ni un dedo actualmente contra Rusia, y Moscú está llenando tu país y los otros del área con material de guerra de todo tipo. ¿Por qué no envían un «comando» al Kremlin para acabar con los dirigentes soviéticos?

Cader El-Hasan se echó a reír de buena gana.

—Ésa es una sugerencia que me ocuparé de que les llegue cuanto antes... Y a propósito, ¿no hay camareros aquí?

Kyle llamó a uno. El árabe pidió agua mineral y él, otro doble de *whisky*.

Cader gruñó:

—A veces me gustaría olvidarme de mi religión, Kyle, sólo cuando tengo ganas de beber... o cuando estoy a tu lado...

Se interrumpió en seco, con la mirada clavada en una esquina.

Kyle masculló:

—¿Qué te pasa ahora?

—El «Simca» rojo; ahí está.

El americano volvió la cabeza. Vio cómo el coche indicado se deslizaba despacio junto a las aceras. Su conductor, con el cabello húmedo y revuelto, escrutaba a cuanta gente lograba distinguir desde su puesto.

—Un fulano muy tenaz —comentó—. ¿Crees que podrá reconocerte si te ve?

—Sin el menor género de dudas.

—Entonces mejor será que entres en el bar. Yo me quedaré aquí. A estas horas ya debe haber localizado el «Peugeot» que has utilizado...

—Lo dejé estacionado en esa plazuela que hay detrás de la iglesia.

—No importa. Es alquilado y ya sólo falta devolverlo... Pero aquí llega tu amigo.

El hombre del «Simca», inclinado sobre la ventanilla abierta, pasó a menos de dos pasos de la mesa. Kyle agitó la mano, saludándole ceremoniosamente.

Ramson Levi dio un respingo. Después, sus ojos se clavaron en el árabe y pareció a punto de estallar. Cader le sostuvo la mirada descaradamente.

El conductor del «Simca» les contemplaba fulgurante de odio, como hipnotizado por la desfachatez de los dos hombres más odiados por su organización. Tan absorto estaba que no advirtió que un taxi se había detenido delante y fue a estamparse contra él. Hubo un estrépito de metales aplastados y en el acto el taxista apareció, vociferando y gesticulando, al tiempo que desgranaba el más florido repertorio de insultos franceses dedicados al atribulado y macilento chófer, que ni siquiera atinaba a abrir la portezuela de su coche.

—Mejor será que nos larguemos de aquí, Cader —opinó Kyle, levantándose.

Se alejaron, dejando tras sí un escándalo descomunal encabezado por el furioso taxista, que justo entonces comenzaba a acordarse de los inmediatos antepasados del propietario del arrugado «Simca» rojo, cuyo aturdimiento iba en aumento al buscar en todos sus bolsillos una documentación que, en aquel momento, emprendía un corto viaje fuera de Cannes y a la que no volvería a ver jamás.

La llegada de un gendarme acalló un poco el vozarrón del taxista, pero aumentó los problemas del indocumentado Ramson, quien al fin se dio cuenta de que el golpe en la cabeza había servido para algo más que para despistarle.

Sólo que ya era un poco tarde para ese descubrimiento.

CAPÍTULO X

Era un despacho grande y lujoso. Sobre la mesa había tres teléfonos, un interfono y dos ordenados montones de papeles.

En el sillón basculante se hallaba sentado un hombre bajo, de cuello de toro y cabeza grande y completamente calva. Su cara redonda era muy pálida y en ella destacaban dos ojos inteligentes y brillantes, pequeños y crueles. Unos labios finos contribuían a darle una expresión inquietante.

Vestía un mal cortado traje de un color indefinido, y su impecable camisa blanca desentonaba en su descuidado conjunto.

Estaba encendida la lámpara de la mesa, y su resplandor le iluminaba en escorzo de modo que las luces y sombras sobre su cara mofletuda aumentaban cuánto en él había de desagradable.

—¡Debería ordenarles regresar a todos ustedes! —vociferó descargando un puñetazo sobre la mesa—. Hay puestos de barrenderos disponibles en nuestras ciudades...

—Sólo a la suerte ha sido debido el que ese individuo todavía esté vivo —replicó uno de los tres hombres que permanecían rígidos frente a él.

—¿Suerte? Me pregunto a qué le llaman ustedes suerte. Un hombre que tiene la audacia de traernos tres cadáveres hasta nuestra puerta, y precisamente los cadáveres de nuestros mejores hombres, incluido Simón Dachs. Un hombre que es capaz de dinamitar un edificio bien guardado y vigilado... ¿A eso le llaman suerte? Opino que si entre mis hombres tuviera aunque sólo fuera uno como ese afortunado ciudadano llamado Kyle, mis problemas habrían terminado.

Nadie replicó. Todos sabían las consecuencias que podían derivarse del furor del coronel, de modo que mantuvieron cerrada la boca.

El indignado coronel Raby se levantó y dio unos pasos marciales

midiendo el despacho de un lado a otro. Cuando se detuvo, lo hizo frente al descorazonado Ramson Levi.

—Y usted —le espetó—, ¿no tiene nada que decir en su descargo?

—Acabo de presentarle mi informe, señor. Me he esforzado por detallar todos los hechos.

—Sí, se ha esforzado usted en eso. Pero ha dejado que ese piojoso árabe le dejara fuera de combate, le robase toda la documentación, y como si eso no fuera suficiente, se burlara de usted en plena plaza de Cannes.

—No estaba él solo, señor...

—¡Claro que no estaba solo! Se había reunido con Kyle. Usted sabe que El-Hasan es uno de los principales oficiales de inteligencia de Egipto...

—Pero, coronel...

—¡Silencio!

Ramsay pareció encogerse sobre sí mismo. Su jefe prosiguió:

—¿Qué creen ustedes que ha venido a hacer a la Costa Azul?

—Reunirse con Kyle. Quizá éste le ha pedido ayuda al verse acorralado.

El coronel le dirigió una mala mirada. Estaba más furioso a cada momento. Por supuesto que él no debía dar cuenta a nadie de las actuaciones de sus agentes. Es más; las autoridades de su país preferirían ignorar detalles de sus actividades. Pero exigían resultados, y hasta el momento los resultados que podía ofrecerles eran más bien deprimentes, según su particular punto de vista.

—Informes —gruñó—. Ha venido a traerle informes sin la menor duda. El-Hasan es un experto de la información militar. Y mantuvo tratos con Kyle durante el tráfico de armas. Entonces, tenemos que...

El timbre del teléfono le interrumpió en seco. Tras asegurarse de cuál de los tres aparatos era el que llamaba, lo descolgó de un manotazo y gruñó:

—¿Quién llama?

Se puso rígido. Le vieron cambiar hasta de expresión. Luego, su voz trató de resultar amable, suave, casi arrulladora.

—Naturalmente, señora —murmuró—. ¿Cuándo? Comprendo. ¿Dónde lo encontró usted? Sí, conozco esa carretera,

naturalmente... Y tenía evidentes señales de golpes, ¿eh?... Entiendo, fue usted muy inteligente, señora... Sí, es cierto... Se trata de uno de los peores enemigos de nuestro pueblo... ¿Que usted qué...?

Miró a su alrededor como para asegurarse de que, realmente, estaba despierto y aquella conversación no era un sueño.

—De manera que hizo usted eso... ¿Aceptó él tal vez? Ya entiendo, no fijó fecha... ¿Me permite una sugerencia?, quizá, sí. Bien... Yo creo que sería muy interesante fijar la invitación para mañana noche... Por supuesto, nada de violencia, mi estimada señora. Todo lo que queremos es interrogarle en privado... No, en absoluto; nos lo llevaríamos de su residencia sin escándalo... ¿Cómo dice? Sí, es una buena idea, yo se lo proporcionaré y así se evitará que tan desagradable situación se prolongue más de lo estrictamente necesario... Ya comprendo que será extremadamente penoso para usted soportar su compañía un solo minuto, pero le aseguro que su sacrificio en este aspecto la honra... ¿De acuerdo entonces? Sí, le enviaré un pequeño frasquito. La mitad será suficiente... ¡Magnífico! Siempre a sus órdenes, señora...

Colgó. Se frotó las manos y de nuevo paseó su furibunda mirada por encima de sus tres inmóviles subordinados.

—Se me ocurre que una simple mujer pueda darles lecciones a ustedes —les espetó, aunque sin ocultar su satisfacción—. Mañana noche tendremos a Kyle en nuestro poder, completamente indefenso.

Los tres acusaron el asombro de semejante noticia.

—¿Cómo, coronel?

Éste no replicó. Volvió a sentarse detrás de la mesa y manoseó distraídamente algunos papeles.

—Estoy seguro que regresaba de dejar el coche ante nuestra reja...

Le miraron, perplejos. Después cambiaron azoradas miradas entre ellos porque su jefe parecía hablar en acertijos.

Finalmente, el coronel pareció darse cuenta de que no le comprendían y aclaró:

—Anoche, Kyle fue encontrado en la carretera de la costa, a menos de media milla del desvío que conduce a esta casa. Iba andando y al parecer practicando autostop. ¿Qué les sugiere eso a

ustedes?

Ramson Levi, quizá deseando borrar su fracaso, exclamó:

—¡Volvía atrás después de haber dejado el «Mercedes Benz» ante nuestra puerta!

—Justamente. Bien, la entrevista ha terminado. Mañana por la noche será ajusticiado sin apelación. Después de renunciar a su fortuna, naturalmente...

Los tres subordinados saludaron militarmente y abandonaron el despacho, íntimamente satisfechos de haberse librado sólo con una reprimenda. En otras ocasiones, el coronel había aplastado materialmente a cualquier agente fracasado.

Afortunadamente, la noche próxima marcaría el fin del diabólico individuo que estaba a punto de hundir la organización en el más completo descrédito. Incluso era posible que la disolvieran si esos fracasos llegaban a oídos de los jefes ejecutivos del Gobierno...

Pero eso no sucedería, porque esta vez no podían fallar. El coronel parecía haber adoptado personalmente el mando de la operación.

La muchacha se desperezó con movimientos felinos. Después, saltó del lecho y entró en el cuarto de baño silenciosamente.

Cuando Kyle salió de la habitación, un poco después, la encontró vestida con los diminutos *shorts* blancos y la blusa de seda anudada sobre el estómago. Ella le ofreció los labios y la besó suavemente.

—Por las mañanas tienes un aspecto realmente deslumbrante, pequeña —dijo, recorriéndola con la mirada—. Que me cuelguen si sé cómo te las arreglas pero es así.

—Entonces, ¿qué esperas para casarte conmigo?

—¿Te he hablado alguna vez de matrimonio?

—Muchas, pero nunca definitivamente.

—Pensaré sobre eso, linda, te lo prometo.

Ella le sostuvo la mirada. Sus ojos reían y en realidad delataban la felicidad total y absoluta en que vivía.

—Ven a la cocina —exigió—, si has de casarte conmigo es tiempo de que empieces a practicar.

Le rodeó la cintura con su brazo, casi levantándola del suelo, y ambos entraron en la cocina para preparar el café.

Tras un corto silencio, Lissette preguntó:

—¿Tampoco hoy puedes dedicarme un poco de tu tiempo? Recuerda que es domingo.

—No creas que a mí me divierte nada todo esto, pero no podremos gozar de paz hasta que haya terminado con la amenaza que pende sobre mí.

Ella encendió el gas y colocó la cafetera en el hornillo. Tras esto se volvió de cara a él, rodeándole el cuello con sus brazos desnudos.

—Querido...

—No empieces a complicar las cosas —exclamó, colocándose a la defensiva—. Tengo que marcharme tan pronto como haya desayunado.

—Oh, está bien, puedes irte al mismísimo infierno. ¿Crees que me importa?

Le soltó, dando la vuelta y quedando de espaldas a él. Kyle sonrió, alargó las manos y la enlazó por la cintura, atrayéndola hacia él suavemente. Inclino la cabeza y la besó en la nuca.

—Mañana tal vez terminemos con todo esto, nena... Todo lo más tarde, pasado mañana. Entonces nada nos impedirá amarnos sin trabas, y bajar a la playa, y nadar...

—Ya no creo en cuentos de hadas. A veces pienso que amas más al riesgo que a mí.

—Tonterías. Tú sabes que te quiero.

Apretó más su presa. La muchacha se estremeció y ladeó la cabeza, de modo que sus labios quedaron cerca de la cara de Kyle.

Permanecieron un largo instante unidos, besándose absolutamente olvidados de todo lo demás. El beso despertaba en ellos recientes sensaciones que hacían más doloroso todavía separarse.

El silbido de la cafetera obligó a la muchacha a ocuparse de otras tareas y el encanto quedó roto. Kyle fue a sentarse junto a la pequeña mesa y encendió un cigarrillo. Ella había tenido razón. Era domingo y ya quedaba poco para que pudiera dictar sus condiciones, acabando con el espeluznante asunto que tanta sangre había costado.

Pero hasta lograrlo todavía surgiría nueva violencia y su vida volvería a estar colocada en el platillo de aquella balanza invisible en la que la muerte ocupaba un sitio...

—¿No tomas tu café, querido?

Sacudió la cabeza.

—Sí, claro...

Apuró la infusión ante la mirada preocupada de la muchacha. Cuando se levantó ella todavía trató de retenerlo por todos los medios. Sólo que había otras cosas que impulsaban a Kyle fuera de la casita y lo perdió una vez más llena de zozobra.

Cuando cerró la puerta se quedó apoyada contra ella. Cerró los ojos y se estremeció. Le hubiera gustado recordar algunas de las oraciones que aprendiera de pequeña y desgranarlas con todo su angustiado corazón puesto en los labios para que, si eso era posible, aquel loco audaz y arrogante volviera a ella vivo y apasionado.

Pero no recordaba ya las ingenuas oraciones de niña, y de mayor no se había ocupado de aprender otras. Todo lo que pudo hacer fue echarse a llorar silenciosamente.

CAPÍTULO XI

Impaciente, el coronel Raby se paseaba de un lado a otro del despacho. De vez en cuando se detenía y contemplaba los teléfonos con mirada cargada de reproches, como si los aparatos fueran los culpables de inquietud.

Al otro lado de la ventana, el crepúsculo difuminaba las altas copas de los árboles y oscurecía los espesos arbustos recortados del jardín.

Algo había fallado, no cabía duda. Una vez más, aquel diabólico aventurero sentenciado a muerte había eludido su destino.

¿Por cuánto tiempo?

Cuando el teléfono sonó lo descolgó de un manotazo, conteniendo a duras penas el furor.

—Hable... Sí, yo mismo. ¿Qué ha pasado? Ya entiendo... Bien, no se ha perdido nada si es así. Sólo se trata de un retraso de veinticuatro horas... ¿Cómo...? A las nueve, ¿eh? Me parece bien... A las nueve y media le mandaré mis hombres para que se lleven a ese individuo de su residencia. ¿Está segura que no ha sospechado nada? Ya entiendo... Por supuesto, cualquier hombre se sentiría encantado con una invitación semejante... pudiendo gozar de su compañía, señora... Sí, a las nueve y media en punto. Todo lo que usted tiene que hacer es mezclar el líquido que le envié con cualquier bebida. Eso será suficiente... Muy bien, le deseo mucha suerte, señora...

Colgó y no pudo contener un suspiro de alivio. La cosa no se había estropeado como temiera; sólo había sufrido un retraso. La noche del lunes todo habría terminado.

Abrió el cajón central de la mesa y repasó los documentos que había seleccionado. Órdenes de pago, talonarios de cheques... Desde luego, sería la jugada más inteligente de toda su carrera. Apoderarse de la fortuna ganada a costa de las armas que se habían

utilizado contra sus compatriotas, justo antes de ejecutar al traficante de esas armas.

Vagamente, pensó que eso era exactamente lo que Simón Dachs había intentado. La misma clase de operación, el mismo trabajo... Y Dachs estaba muerto y enterrado en el mismísimo jardín de la lujosa residencia.

Pero Dachs siempre había sido un descuidado, además de excesivamente idealista. No se pueden conservar ideales en esa clase de trabajos.

Conforme con los documentos preparados, volvió a guardarlos y se recostó contra el respaldo del sillón. Cuando diera cima a esta misión tal vez fuera hora de exigir su ascenso, bien ganado a lo largo de años de trabajo tenaz, peligroso y despiadado. Un trabajo que «quemaba» a los hombres prematuramente.

Sí, sin duda le ascenderían. Incluso quizá hubiera una condecoración esperándole.

Estaba seguro de habérsela ganado.

Otros, con menos méritos...

Sóñar no costaba nada.

Cader El-Hasan enarcó las cejas, sorprendido.

—¿Quieres decir que esa mujer que te ha llamado trabaja para «ellos»? —preguntó.

—Casi estoy seguro. Y tú sabes perfectamente quién es.

—¿De veras?

—Dot Lawrence es esa dama.

Cader se puso rígido.

—He oído hablar mucho de ella. Nos ha causado más daño que Un regimiento de infantería de asalto. ¿Y es ella quien tiene tanto interés en invitarte?

—Ni más ni menos. La visita a su deslumbrante residencia de Niza forma parte de mi plan, aunque entra en la última parte de éste. Ahora hay otras cosas más importantes que hacer.

—¿Has averiguado la hora de llegada del avión?

—A las cinco veinte de la tarde.

Antes que el árabe pudiera responder, sonó el timbre de la puerta. Kyle dio un vistazo discreto por una ventana y gruñó:

—Mejor será que te esfumes, Cader. Ahí fuera está el comisario Lombard, y te aseguro que lo tengo con la mosca en la oreja.

Además, le acompaña otro tipo al que no conozco.

Sube a la habitación y fuma unos cuantos cigarros mientras me enfrento a los lobos.

El-Hasan sonrió irónicamente, pero desapareció escaleras arriba.

El timbre insistió en su impaciente llamada. Kyle acudió a abrir dejando paso a los dos hombres.

El comisario señaló a su acompañante.

—El señor Debre —dijo—, inspector de la compañía aseguradora de su yate.

—Y del coche —puntualizó el aludido—. Celebro conocerle, míster Kyle.

—Yo también. Pasen.

Una vez en el despacho, el inspector de seguros empezó:

—He recibido toda la ayuda posible por parte de la policía, míster Kyle; quiero decir que tengo en mi poder copias de todos los informes oficiales...

—¿Y bien?

—Al parecer, usted tiene ideas muy concretas sobre los causantes de ambos desastres.

—En efecto.

—Pero carece de pruebas, según me ha informado el señor comisario.

—Así es, efectivamente. Esa gente no acostumbra dejar prueba alguna de sus actuaciones. ¿Qué piensa hacer la compañía?

—Reunir todo el material necesario y formular una acusación formal contra los responsables.

—Entiendo. ¿Cree que lo conseguirán?

—Estoy seguro que sí. Sería la primera vez que no pudiéramos llevar a los criminales ante la justicia.

—En realidad, es la primera vez que se enfrentan ustedes a esa clase de bandidos. No tiene parangón con ningún otro, créame. No hallará pruebas, ni siquiera indicios concretos que utilizar contra ellos.

—¿Por qué está tan seguro?

—Porque son hombres entrenados por la escuela más dura que existe. Saboteadores, secuestradores y asesinos formidables, los mejor adiestrados de que tengan noticia.

Pueden fallar un golpe alguna vez, pero no dejan rastro.

—Veremos. ¿Le importaría decirme claramente quienes son, míster Kyle?

—En absoluto, pero sospecho que ya el comisario le ha aclarado ese extremo.

—Por supuesto, pero me parece increíble...

Kyle se encogió de hombros.

—Ahí tiene —dijo—, usted no lo cree. Ésa es otra demostración de lo bien montado que tienen ese negocio. ¿Qué me dice del pago por parte de la compañía?

—Será hecho efectivo, por supuesto... tras unas pequeñas comprobaciones.

—Todas las que quieran, no tengo prisa. ¿Qué más puedo hacer por usted?

—Hábleme de la clase de explosivos que utilizaron en ambas ocasiones. Según el comisario, usted es un experto...

Kyle lanzó una mala mirada al impassible policía. Lombard no pareció advertirlo y siguió fumando placenteramente, como desentendiéndose de la conversación.

—Creo que los peritos de la policía podrían informarle mejor que yo, puesto que mis deducciones se basan en observaciones superficiales. Ellos han analizado los restos...

—No importa, por favor...

Se encogió de hombros, un tanto fastidiado.

—En el coche —explicó—, creo que utilizaron *plástico*. Una carga excesiva, pero la explosión fue típicamente de esta clase de materia. Desmenuzó el coche...

—¿Y en el yate, dinamita tal vez?

—Gelignita en gran cantidad. Quisieron asegurarse de que realmente quedaba destruido. Lo hicieron astillas, y la onda expansiva fue típicamente la que produce un gran «paquete» de gelignita. Destrozó otras embarcaciones más pequeñas que había alrededor al arrojarlas contra el embarcadero.

—Esas materias son fáciles de transportar sin riesgo, ¿no es así?

—Seguro. Cualquiera con un poco de experiencia puede manejarlas.

—¿Estaría usted dispuesto a firmar una acusación contra esos individuos de que me ha hablado el comisario?

—No, en absoluto.

El inspector de seguros suspiró.

—¿Por qué no? Sería muy interesante para nosotros...

—Ni ustedes ni yo podríamos presentar ninguna prueba. Tan pronto reaccionasen, me demandarían judicialmente por difamación, libelo y algunos cargos más implicados en una acusación como ésa. Si lo duda, pregúntele al comisario.

—En realidad, esperaba que dijera usted eso, míster Kyle. Me he limitado a exponer una posibilidad. Ahora, si no le importa, iré a dar una mirada a los restos del yate. Lo que quedó del coche lo he visto ya en el garaje de la gendarmería.

—Como guste...

El comisario Lombard pareció salir de su letargo.

—¿No ha habido más atentados, hasta ahora?

Kyle sostuvo su mirada abúlica.

—No —mintió—. Todo es paz y tranquilidad, aunque no creo que dure mucho más.

—¿Por qué?

—Estoy impacientándome, usted sabe...

—No empiece nada que después no pueda terminar, Kyle. Me obligaría a dejar mi natural amabilidad de lado y mostrarle la faceta desagradable de la policía.

—Entiendo. Sé que lo haría usted. Pero, aunque sólo fuera por una vez, me gustaría que hiciera esa misma advertencia a la otra parte... y usted sabe bien qué quiero decir.

Lombard le miró, pensativo.

—¿Sabe usted acaso dónde está ahora «la otra parte»?

—Por supuesto que lo sé.

La mirada del policía comenzó a animarse un poco.

—¿Dónde?

—Tienen una residencia en el corazón del bosque, a una milla aproximadamente de la carretera de Niza... Hay un rótulo descolorido en el desvío que pone algo así como «Paraíso»...

—Sé dónde está ese desvío. Pero me resisto a creer que si es cierto lo que usted viene machacando desde el principio, sean tan locos que permanezcan tranquilamente en la región.

—Usted no conoce todavía a esos caballeros, comisario. ¿Tiene alguna pregunta más en cartera?

—Ninguna. Me alegra que todavía siga vivo, Kyle, lo crea o no.

Salió tras el investigador de seguros, que ya aguardaba al lado del coche del policía. Kyle les vio marchar con el ceño fruncido. Le hubiera gustado comprender qué se escondía tras la expresión inescrutable del comisario.

Cerró la puerta y volvió sobre sus pasos. En lo alto de la escalera, El-Hasan asomó la cabeza.

—¿Pasó el peligro, compañero?

—Puedes bajar, ya se han largado. ¿Has escuchado?

—Todo. No puedo creer que ese comisario sea tan torpe como aparenta.

—Eso es una pantalla tan solo. Es un tipo agudo como el filo de una navaja. Ha habido momentos estos últimos días que ha logrado inquietarme...

—Oye, se me ocurre que sabiendo el escondrijo de esa pandilla podríamos hacer algo para acabar definitivamente con ellos, muchacho. Ése nos evitaría muchos quebraderos de cabeza y...

—¿Crees que es tan fácil? Estuve a punto de ser capturado cuando les preparé los coches, en la Legación. Y puedes estar seguro que ese edificio es una verdadera fortaleza.

—Era sólo una sugerencia. ¿Nos vamos?

—Ahora mismo. Quiero estudiar bien el terreno en el aeropuerto para evitar sorpresas desagradables a última hora. Ya disponemos de poco tiempo, Cader, así que no podemos desperdiciarlo.

CAPÍTULO XII

La mañana del lunes había amanecido con el cielo encapotado. Densas nubes cubrían el sol por completo. Luego, a medida que el día avanzó, las nubes fueron desplazándose paulatinamente tierra adentro hasta dejar el cielo limpio y brillante, con un sol intenso tostando la piel de los desprevenidos turistas recién llegados.

Sobre el aeropuerto de Niza evolucionaba un gran avión de transporte. Más allá, sobre el mar, se aproximaba el reactor de pasajeros del vuelo 421 a Tel Aviv, disponiéndose a aterrizar puntualmente.

El cargo que esperaba autorización para descender amplió su círculo de vuelo para dejar absolutamente libre el espacio sobre las pistas. El reactor de pasajeros tenía prioridad para descender.

El ensordecedor aullido de los motores ahogó todo otro sonido cuando enfiló la pista, sobre el mar. Luego, cuando avanzó, el bramido de los motores se redujo a un molesto silbido, que también fue apagándose poco a poco, hasta cesar cuando el aparato se detuvo majestuosamente ante la terminal.

Los pasajeros se apresuraron hacia la aduana. Casi todos ellos se quedaban en Niza, pero unos pocos continuarían viaje a Tel Aviv dentro de media hora.

Al fin, los tripulantes aparecieron al final de la escalerilla. Encendieron cigarrillos y descendieron los peldaños sin prisas, hablando entre ellos a la espera de la revisión.

Una carretilla eléctrica se aproximó al avión por el lado opuesto. Estaba equipada con un gran aspirador industrial y un gran tambor en el que el tubo de goma estaba arrollado. Los dos hombres que lo manejaban, vestidos con sus monos de trabajo con el anagrama del aeropuerto, detuvieron el artefacto bajo el panzudo fuselaje. Uno de ellos se encaminó a la escalerilla sosteniendo en las manos el extremo del tubo de goma equipado con la boquilla del aspirador

gigante.

El comandante del avión descubrió al hombre cuando ya llegaba arriba. Entonces exclamó:

—¡Eh, usted! ¿Adónde demonios cree que va?

—Nos han ordenado dar un repaso a los asientos y alfombras, señor.

—¿Quién ha ordenado semejante cosa?

El hombre se encogió de hombros.

—Creo que se llama señor Viniers. Ha hablado con nuestro encargado.

—¿Viniers, eh? Él tenía que ser —rezongó el comandante, desentendiéndose del hombre.

Pero uno de los tripulantes habló rápidamente al oído de su superior y éste dio un respingo.

—¡Eh, usted, un momento! —exclamó.

El hombre volvió atrás calmadamente, cuando entraba en el avión. El comandante gritó:

—¡No se acerque a las cabinas de control! ¿Entiende? En absoluto. Límitese a los departamentos de pasajeros.

—Naturalmente, comandante; ésas son nuestras órdenes. ¡Tú, Paul... dale a este cacharro!

Desapareció en el interior al tiempo que el gran aspirador comenzaba a zumbiar con un molesto chirrido. El grupo de tripulantes y azafatas se alejaron un poco, despotricando contra semejante molestia.

Arriba, el hombre pasó la boquilla del aspirador por los primeros asientos. Luego dio un vistazo a la escalerilla y vio al grupo que se había alejado.

Rápidamente, cruzó la pequeña estancia que separaba la cabina de radio del resto del avión. Abrió la puerta del departamento de controles. Allí estaba el hombre.

Era un individuo corpulento, de rostro congestionado y mirada desagradable. Dio un respingo al ver al hombre y su aspirador.

—¿Qué demonios hace usted aquí? ¡Fuera!

—Perdone... Me han ordenado limpiar...

—¡No aquí!

Se acercó para cerrar otra vez la puerta. Junto al asiento que ocupaba había una gran maleta metálica. El hombre del aspirador

retrocedió, asustado, con unos extraños ademanes como si quisiera protegerse de una posible agresión.

El zumbido del aspirador impidió que se oyera el débil chasquido de la ampolla de vidrio que se rompió dentro del compartimento, en el instante en que el hombre corpulento cerraba la portezuela metálica.

El otro regresó al departamento de pasajeros y limpió concienzudamente la alfombrilla del pasillo. Por las ventanillas podía ver a la tripulación atravesando la explanada rumbo a las oficinas del aeropuerto, o quizá al bar.

Consultó su reloj. Cuatro minutos. Ya era suficiente, pero todavía aguardó otro minuto para asegurarse.

Después abrió la puerta y asomó la cabeza conteniendo el aliento.

El tipo corpulento estaba tendido en el suelo. Respiraba espasmódicamente. El hombre del aspirador se acercó a la gran maleta metálica. A su lado, el aparato seguía zumbando.

Abajo, el otro empleado permanecía al lado de la carretilla eléctrica, vigilante, no tanto a los controles del aspirador como a los alrededores.

Habría sido difícil descubrir las facciones de Cader El-Hasan bajo su humilde apariencia y tez más bien pálida. El gorro gris cubría en parte sus cabellos muy negros.

Impaciente, el árabe dio un vistazo a la escalerilla y la puerta del avión, por la que entraba el tubo de caucho.

Pasaron los minutos desesperantemente lentos. En la puerta de cristales de la terminal aparecieron las azafatas y el telegrafista, que se acercaron al avión sin prisa alguna, saboreando sus cigarrillos.

El-Hasan gruñó un juramento en su idioma. No comprendía la helada calma de Kyle, allá arriba.

Lo vio aparecer en la puerta cuando el grupo de tripulantes estaban a diez metros de distancia.

Kyle, bajo su uniforme de empleado subalterno del aeropuerto, gritó:

—¡Puedes parar ese trasto, Paul!

—¿Has terminado?

—Sí...

Bajó las escaleras. Entre los dos enrollaron la manguera al

tambor giratorio. Tras esto, subieron al estribo y la carretilla eléctrica se alejó del avión rumbo a las edificaciones de servicio.

Cuando se hubo cerrado la puerta del almacén, Kyle suspiró, relajándose.

El-Hasan preguntó:

—¿Alguna dificultad?

—Ninguna. Démonos prisa.

Desmontaron la tapa posterior del depósito del aspirador. Allí estaba el motor, pero bajo éste había una gran bolsa de tela destinada a recibir y almacenar los desperdicios y el polvo que el aspirador absorbía.

Los dedos del árabe temblaban un poco cuando la soltó, sacándola de su engarce. Dio un vistazo al interior. Estaba llena de billetes ingleses, libras esterlinas de alta denominación.

Sonrió de oreja a oreja.

—Buena limpieza, muchacho —rió entre dientes—. Apuesto que nunca aspirador alguno ha hecho un trabajo como éste.

—Déjate de chistes y larguémonos de aquí.

Se despojaron de los «monos» grises. Debajo llevaban un ligero pantalón de verano y una camisa floreada como otros miles de turistas.

Llevándose la bolsa, se dirigieron al aparcamiento sin demostrar apresuramiento alguno.

Sólo cuando estuvieron rodando por la autopista El-Hasan suspiró, secándose el sudor que resbalaba por su frente.

—Si estuviera mucho tiempo a tu lado, muchacho, acabaría sufriendo del corazón. Prefiero el trabajo burocrático...

—¿Con un demonio burocrático! ¿Crees que no conozco tu historia? Oye, ¿cuánto supones que hay en la bolsa?

—Cualquiera sabe... ¿Un millón de libras quizá?

—No creo que sea tanto... pero por ahí estará la cosa.

—Ha sido una limpieza bien realizada, no cabe duda. ¿Todas tus ideas delictivas son semejantes a ésta?

—Sólo cuando me achuchan como en esta ocasión. Y ahora, escucha, Cader; vas a ocuparte del dinero. Ya sabes lo que tienes que hacer con él. —Cuando se descubra que la maleta ha sido vaciada se armará un buen escándalo, aunque la he vuelto a dejar tal como estaba y bien cerrada. Quizá no lo descubran hasta Tel

Aviv, pero por si acaso, encárgate de todo. Yo voy a estar muy ocupado esta noche.

—No quisiera estar en tu pellejo, camarada. Por lo menos, hasta las once de la noche.

Vas a pasarlo muy mal.

—Tal vez, pero es la única manera de acabar. ¿Conforme?

—Ya sabes que puedes contar conmigo, Kyle, pero demonios, por lo menos no me pidas que lo tome tan fríamente como tú. Estaré dando saltos hasta las once...

—Imagina cómo estaré yo y quizá así permanezcas quieto...

Cuando corrían por la carretera de Cannes, vieron, sobre el mar, el gran avión de pasajeros elevándose majestuoso, como un gran pájaro de plata rumbo a Tel Aviv.

Sólo que parte de su cargamento se había quedado en tierra.

CAPÍTULO XIII

La hermosa mujer se movió graciosamente por el reducido salón. Llevaba un vestido de noche negro sin espalda y abierto por el lado derecho, mostrando a cada movimiento la larga y bien moldeada pierna en toda su longitud.

—Una mujer como yo, Robert, debe vivir de acuerdo con sus principios —dijo, acercándose al aparador donde estaban los licores.

Kyle, sentado en el diván, la seguía con la mirada.

—No acabo de comprenderla bien —masculló.

Ella se detuvo en sus manejes con los vasos y botellas. Volvió un poco la cabeza y su cabellera negra ondeó sobre sus hombros desnudos.

—Bien, ocupo una destacada posición social. Mi vida es como un cristal a través del que todo el mundo atisba, empezando por las chismosas de esas revistas especializadas en ventilar las vidas de las personas importantes.

—¿A dónde quiere llegar con todo esto?

—A que he de ser forzosamente muy discreta... especialmente con los hombres.

—Oh, comprendo.

Dot Lawrence acabó de mezclar las bebidas y dio la vuelta. Dejó los vasos donde estaban y fue a sentarse al lado del hombre. Sus ojos de felino relucían de una manera casi hipnótica.

—¿Por qué has aceptado venir aquí? —preguntó de repente.

—Digamos que me gusta la aventura.

—¿Soy yo una aventura?

—En cierta forma sí. En otros aspectos, podrías llegar a ser algo mucho más profundo e importante.

—Me gusta más esa segunda definición —sonrió, inclinándose hacia él. Kyleladeó la cara y rozó apenas sus labios en una sombra

de beso.

Ella se echó y le miró con ojos llameantes.

—¿Te gusta jugar con las mujeres, Robert?

—No cuando son como tú.

—Entonces, bésame.

—Hay tiempo, querida. Has preparado unas bebidas...

Hizo ademán de levantarse. Ella le sujetó por el brazo, y sus dedos eran duros como una garra.

—¡Espera!

—¿Por qué? La bebida tiene buen aspecto...

—Robert...

El tiempo volaba. Lo sabía. No tardarían en venir. Y entonces sentía de nuevo aquella sensación que había creído muerta para siempre. De nuevo experimentaba el suave temblor ante la proximidad de un hombre...

Y el reloj no detenía su carrera.

¿Por qué había tenido que suceder eso precisamente con «ése» hombre?

Kyle le rodeó la cintura con los brazos y la atrajo poco a poco. Tal como ella deseaba, la besó. Algo le sucedía a Dot Lawrence, algo que la convertía en una mujer desconocida.

Se apartó, mirándola. Sus ojos entrecerrados estaban fijos en su rostro.

Era un rostro duro y atractivo a la vez. ¿Por qué había tenido que suceder eso ahora?

Y al mismo tiempo se le antojaba también la esperanza que había abrigado durante años. Era el hombre que soñara, y rodeado de un aura de aventura, pero capaz de darle el amor a raudales. La prueba estaba en que la había hecho sentir nuevamente aquella sensación casi olvidada...

Él se desprendió de sus manos y se levantó.

—¡Espera!

—Tengo sed, preciosa...

—¡Espera! —repitió.

El la miró. Le pareció que en el fondo de aquellos ojos acerados brillaba una llama extraña, burlona y desafiante.

Le vio acercarse al aparador. El maldito reloj no detenía su marcha... Estaban a punto de llegar...

—¡Robert!

Él se volvió con un vaso en la mano. Se miraron fijo, largamente.

Entonces, alguien llamó a la puerta. El timbre vibró en el silencio como una campana de alarma.

—La mujer se levantó de un salto, tensa como un cable. Titubeó antes de adoptar una decisión.

El timbre llamó de nuevo.

—Robert... —susurró, desolada.

Él enarcó una ceja.

—¿Esperabas a alguien, querida?

—No... Realmente... no sé quién puede ser.

—Si acudes a abrir lo sabrás. ¿O prefieres que vaya yo?

—¡Oh, no!

Él bebió un largo trago. Dot Lawrence alargó la mano, como si quisiera detenerlo a pesar de la distancia que les separaba. Después, abatió aquella mano y giró sobre los talones.

Cuando regresó en compañía de dos hombres el cuerpo de Kyle estaba desmadrado en el suelo, junto al vaso roto. Respiraba con cierta dificultad y sus ojos estaban en blanco.

Se lo llevaron. Ella quedó sola. Entonces se cubrió la cara con las manos y se maldijo, y maldijo al destino, y estalló en sollozos porque había perdido definitivamente lo que tanto le costó encontrar.

Sentía un sabor amargo en la boca. Notó que el estómago no estaba tampoco muy seguro. La zorra cargó la mano con el narcótico...

Sacudió la cabeza y pensó que iba a caerle de los hombros. Era como si la tuviera vacía.

Al levantar la mirada sus ojos tropezaron con una cara mofletuda y un gran cráneo calvo por completo, brillante bajo las luces del techo.

—¿Cómo se siente, Kyle?

—Usted... Usted debe de ser el coronel Raby. ¿Me equivoco?

—Al contrario; acierta usted.

—He oído hablar de sus hazañas, coronel... Sucias, cobardes y sangrientas hazañas.

—Depende del lado desde el cual se miren. Yo me siento

orgulloso de ellas, por supuesto. ¿Se siente con fuerzas para escucharme?

—Creo que sí. Después de todo, he oído sonidos más desagradables en mi vida.

—Lo creo... ¡Ramson!

El ayudante del coronel corrió hasta plantarse ante la mesa de despacho.

—Un poco de agua para el señor Kyle, Ramson. ¿O quizá prefiere un vaso de buen *whisky*?

—Agua estará bien.

Había un despiadado sarcasmo en cada frase del coronel, y Kyle lo captaba perfectamente. Miró disimuladamente su reloj de pulsera. Eran las diez de la noche.

Le trajeron un vaso de agua, que apuró de un trago. El mal sabor de boca se desvaneció en parte.

—Supongo que no me obligará a detallarle lo que le espera, Kyle. Detesto las situaciones melodramáticas.

—Ahórrese los discursos. Usted piensa que van a matarme como una res.

—No lo pienso. Lo sé. Estoy seguro. Yo mismo ejecutaré la sentencia... después de ciertos trámites.

—Siga soñando... ¿Cuántos hombres tiene en esta casa?

—Ramson y dos más. Aparte de yo mismo. ¿Es muy importante ese dato?

—Ya lo creo que lo es. Soy muy pocos para los que aguardan fuera.

El coronel enarcó las cejas.

—¿Pretende burlarse de mí? No olvide que ha sido capturado gracias a un ardid. Nadie sabe que está aquí ni nadie sabrá jamás que ha estado.

—De todos modos, pierde usted, coronel.

—Trata de ganar tiempo... Mientras hay vida hay esperanza. ¿No es eso? Un ardid muy humano, por supuesto... pero que no le servirá de nada.

—Bueno, quizá deba explicarle algunas cosas antes que le maten. Tiene derecho a saberlo.

—¿Sí?

—¿Tiene medios de comunicar con Tel Aviv desde aquí?

—Por supuesto. Una potente emisora de radio...

—Entonces, tómese la molestia de comunicar con su cuartel general. Pregunte por el envío que debía haber llegado en el avión de esta tarde procedente de Londres. Después, quizá quiera escucharme.

—Mire, Kyle; comprendo que esté desesperado, pero...

—¿Quién está desesperado?

Algo que latía en aquella voz, o que quizá fulguraba en los ojos acerados de su cautivo decidió al coronel.

—¡Ramson!

El hombre se cuadró.

—Vigílalo. Respondes de él con tu cabeza.

—Perfecto, señor.

Ramson sacó un revólver y fue a sentarse a cierta distancia. Desde el primer instante demostró que no estaba dispuesto a dejarse sorprender por ninguna triquiñuela.

Kyle consultó de nuevo su reloj. Las diez y cuarto... Con un poco de suerte quizá saldría sin haber recibido ni un solo golpe. Todo dependía de la comunicación por radio...

Sólo que en esto las cosas fueron más deprisa de lo que había imaginado.

A las diez y treinta y cinco minutos el coronel reapareció. Su cara estaba congestionada, roja como un pimiento. Sus ojos relucían igual que los de un loco. Incluso Ramson se asustó y retrocedió hasta la pared, apartándose de su paso.

Avanzó como un robot hasta detenerse frente a Kyle. Entre dientes barbotó:

—¡Explíquese!

—¿Qué le han dicho?

—La maleta... desvalijada...

—Justamente. Por dos empleados del aeropuerto valiéndose de un aspirador gigante. Uno de los empleados era yo, coronel.

—¡Maldito demonio...!

Levantó ambos puños, crispado, con ansias homicidas. Kyle gruñó:

—¡Estese quieto, imbécil! Esa fortuna le caerá encima a usted como una tonelada de ladrillos.

—¿Cómo...?

—Usted desaparecerá. No verá el amanecer de mañana. Nadie volverá a saber una palabra del coronel Raby...

—¡Está loco, completamente loco!

Kyle suspiró.

—¿Sabe cuál será el destino final de esa montaña de billetes?

—Dígamelo usted... antes que le mate.

—La «Media Luna Roja», coronel[1]. Un fin caritativo por demás, no cabe duda.

—¡Maldito sea! ¿Cree que permitiré que esa fortuna vaya a parar a manos de nuestros enemigos?

—Usted no está en situación de permitir cosa alguna. En realidad está perdido... salgan como salgan las cosas. Dentro de dos días, toda la Prensa internacional publicará una noticia sensacional referente a usted... Algo que hundirá en el descrédito el sanguinario departamento que usted creó y que hará rugir a su Gobierno hasta desgañitarse.

El coronel comenzaba a comprender que había algo que escapaba a su control, algo que no comprendía, pero que dotaba a su prisionero de una fuerza que él no había sospechado.

—Siga —farfulló, con los puños furiosamente apretados.

—La noticia dará cuenta de que dos de sus hombres, Ramson entre ellos, y usted mismo, son los responsables del robo de todo ese dinero. Han desvalijado a su propio Gobierno, para establecerse en algún país de América del Sur con identidades falsas. El descrédito, coronel... y el hundimiento de su maldita Organización. Se sabrá en todo el mundo el cargo que usted ocupaba, el trabajo que llevaban a cabo sus hombres, la clase de criminales que dirigía...

Con un rugido de furor, el coronel se arrojó sobre él con los puños volteando igual que aspas.

Kyle se ladeó y disparó un tremendo gancho de abajo arriba que estalló en el mentón grasiento del militar como una bomba, lanzándolo de espaldas casi inconsciente.

—¡Quieto!

Se volvió. Ramson había dado dos pasos y parecía dispuesto a disparar. Se inmovilizó.

—Quieto, Ramson, tranquilo... Todavía no ha llegado tu hora.

—¡Maldito sea! Le voy a...

—¡No dispare, Ramson!

El coronel estaba levantándose, rojo de ira.

—¡Hemos de arrancarle su fortuna! Ahora más que nunca. Después nos ocuparemos de desvirtuar esa absurda historia... Pero le mataré personalmente, Kyle, y le juro que tardará tanto en morir que maldecirá no haberse pegado un tiro esta noche.

—¿Qué hora es, coronel?

Lo absurdo e inesperado de la pregunta los dejó mudos unos instantes. Después, como un autómata, el coronel miró su reloj.

—Las once —gruñó—. Y si pretende volver con sus historias de que tiene un ejército afuera...

—No es ningún ejército, pero...

No pudo terminar la frase porque la tremenda explosión ahogó su voz. Todo el edificio se tambaleó y un estrépito tremendo anunció el derrumbamiento de parte de él.

El coronel se lanzó hacia la puerta igual que loco. Ramson titubeó, y Kyle comprendió entonces que aquel tipo le mataría sin dudarle ante la catástrofe que se les echaba encima.

Un nuevo estallido sacudió la casa hasta los cimientos. Una gran polvareda penetró por la puerta del despacho al mismo tiempo que los cristales de la ventana saltaban en pedazos.

Ramson rugió:

—¡Maldito, era cierto!

Levantó su revólver y apretó el gatillo. Kyle se arrojó fuera de la butaca y la bala pegó contra el respaldo.

Rodó sobre sí mismo mientras más proyectiles le buscaban y por toda la casa sonaban gritos y órdenes.

—¡Te cazaré! —gritó Ramson, corriendo tras el inerme Kyle, que se había detenido junto a la mesa.

Entonces, un arma de mucho mayor calibre retumbó desde la ventana y el secuaz del coronel dio una trágica vuelta sobre sí mismo antes de caer.

—¿Dónde están los demás, los has visto?

El-Hasan negó con un gesto y saltó al interior.

—Cualquiera diría que te he salvado de una buena, ¿eh?

—¡El coronel, que no escape!

—Dos tipos han muerto al derrumbarse un trozo de pared maestra, Kyle... ninguno era el coronel.

—No, él estaba aquí... ¡Cuidado!

Cader El-Hasan dio un brinco de costado girando al mismo tiempo. El coronel había aparecido en la puerta y comenzaba a disparar con una gran automática. Kyle gritó y se arrojó al otro lado de la gran mesa.

El-Hasan todavía estaba en el aire cuando tiró del gatillo. Los estampidos de su arma se confundieron con los de la pistola del coronel.

Sólo que había una diferencia fundamental. El coronel estaba quieto, plantado en el suelo con las piernas abiertas en compás, y en cambio el árabe estaba en pleno salto.

Recibió toda la andanada en el pecho y desapareció de la vista, empujado por el plomo. Cuando los pies de El-Hasan volvieron a entrar en contacto con las baldosas, el coronel ya estaba muerto.

Entonces se hizo un extraño silencio a su alrededor. Kyle gruñó:

—¿Crees que han escuchado las explosiones desde la carretera?

—Imposible. Hay más de una milla.

—Entonces, no debemos preocuparnos. Buscaremos todos los documentos posibles. Ilustrarán las informaciones de la Prensa, y después del escándalo no tendrán ganas de volver a buscarme las cosquillas...

—¿Sabes? He preparado unos grandes pesos en la trasera del coche. Se hundirán igual que plomos. No creo que jamás vuelva a la superficie, y entretanto, los agentes secretos de su Gobierno se volverán locos en América buscando su rastro...

—Está bien, habla menos y muévete. Tengo mucha prisa todavía...

—¿Por qué?

Kyle enarcó una ceja.

—Le prometí a Lissette que esta noche sería nuestra, después de terminar con esta amenaza. Y yo siempre cumplo mi palabra.

—Puedo imaginarlo perfectamente. Lárgate entonces, cabezota. Yo me ocuparé de los últimos detalles.

—¿Seguro?

—Sin ninguna duda. Son mi especialidad...

Kyle titubeó. Luego se encaminó a la puerta. Sin detenerse, dijo:

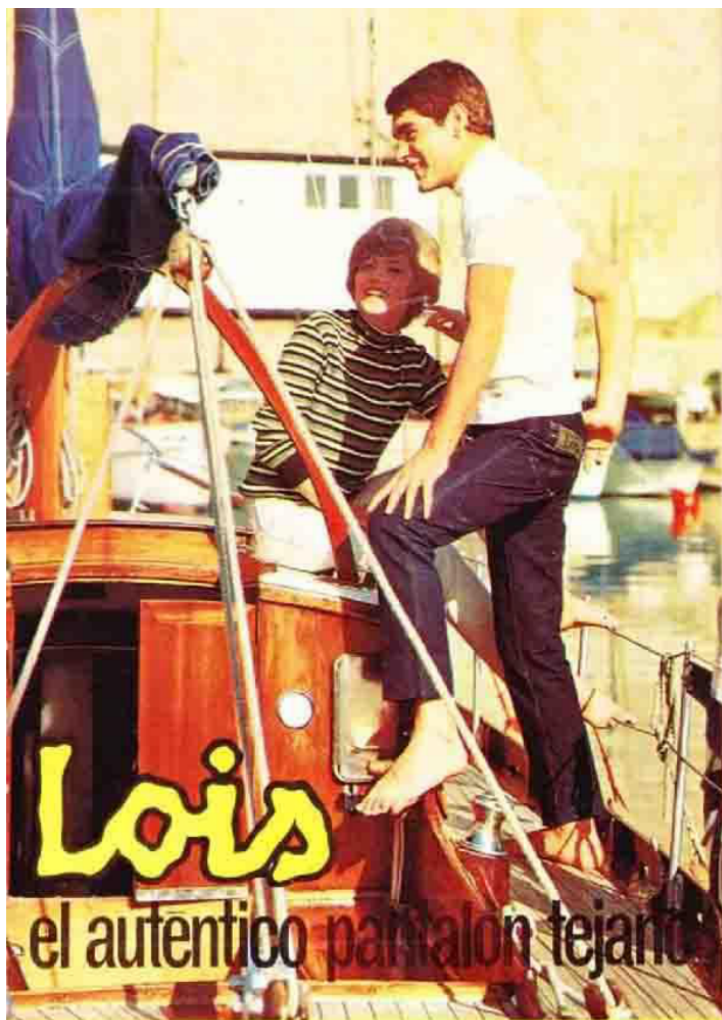
—Ven a verme antes de regresar a Egipto, Cader. Sólo que no me encontrarás en mi casa...

—Sí, ya sé.

Se quedó riendo. Después pensó que por lo menos en un día o dos no aparecería por la casa de la muchacha.

Cader El-Hasan podía ser muchas cosas, pero no le gustaba ser también inoportuno...

FIN



Lois

el autentico pañalon tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (ESPAÑA)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.

NOTAS

[1] «Media Luna Roja». Equivalente musulmana de nuestra Cruz Roja. < <